

**Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador**

Área de Letras

**Programa de Maestría
en Estudios de la Cultura
mención en Literatura Hispanoamericana**

**El nuevo proyecto nacionalista de la literatura de la
Guerra del Chaco en Bolivia**

Alex Marco Salinas Arandia

2002

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de informaciones o a la biblioteca de la Universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la Universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la Universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

También cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar los derechos de publicación de esta tesis o de partes de ella, manteniendo mis derechos de autor hasta por un periodo de 30 meses después de su aprobación.

Alex Marco Salinas Arandia

Quito, diciembre del 2002

**Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador**

Área de Letras

**Programa de Maestría
en Estudios de la Cultura
Mención en Literatura Hispanoamericana**

**El nuevo proyecto nacionalista de la literatura de la
Guerra del Chaco en Bolivia**

Alex Marco Salinas Arandia

Profesor tutor: Dr. Fernando Balseca

**Quito - Ecuador
2002**

RESUMEN

Esta tesis presenta un intento por estudiar algunos aspectos novedosos de la literatura referente a la Guerra del Chaco en Bolivia, como el nuevo proyecto nacionalista y racial que algunas obras de este periodo proponen. Estas obras presentan un nuevo discurso político que se convierte en cohesionador de las ideas y visiones sobre el país y sus habitantes y que posteriormente conformaron el discurso nacionalista de la revolución de 1952. Mi aproximación a estos textos se hace desde la discusión de los Estudios Culturales que atiende y cuestiona el proceso de formación de identidades desde la literatura, reconociendo en muchos casos la característica de 'invención' o 'construcción' de categorías tales como la nación, la historia, y la identidad.

La literatura de la Guerra del Chaco construye nuevamente el mito de una nación homogénea alrededor de algunos de sus rasgos y las características de ciertos sectores de la sociedad boliviana. Así, cumplen la función de reordenar el Estado ya que proponen una nueva relación de fuerzas entre los diferentes grupos raciales del país. La ideología nacionalista, cuyos primeros lugares de formación es la narrativa chaqueña, tiene como base tres ejes discursivos: la identificación del boliviano con la tierra; su posicionamiento en favor de los indios y de los mestizos como parte y sujetos de la nación y por último es la identificación de los enemigos de la nación boliviana, los causantes de la guerra y de la consiguiente derrota. Esta identificación propone un marco de acción política para el futuro inmediato.

AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceros agradecimientos al Dr. Fernando Balseca, cuyas observaciones y oportunos comentarios me ayudaron a escribir esta tesis. Asimismo, también mi gratitud a Alexandra León por toda la colaboración prestada.

A Quito: compañeros y maestros, una amistad comprometida.

A mis abuelos y mis padres por su consejo y compañía, a la tierra que engrandece y a Yamile, otra vez por la energía.

*Chaco, país insepulto,
torna sedienta
después de siglos tu alma que se extravió en el monte
tu alma
espejo del agua que no existe
en el fondo de tus jornadas que acaban sin recuerdo.*

*Monstruo que ibas a no sé donde,
siempre al lado del camión,
plomizo, soñoliento, siniestro y melancólico,
ya no te iras jamás de nuestro canto.*

Augusto Céspedes

Índice

Introducción Pág. 16

Capítulo 1

Los autores, su tiempo y sus obras Pág. 16

Capítulo 2

Etnicidad en la novela chaqueña Pág. 30

El escenario: descenso a los infiernos Pág. 32

La mística de la tierra Pág. 39

La lengua, la música, la coca Pág. 48

Capítulo 3

Los ríos profundos Pág. 54

Las imágenes del indio Pág. 54

El proyecto de Céspedes Pág. 59

El espejo de Tamayo Pág. 66

Capítulo 4

Las caras de la antinación

Pág. 79

Las caras de la derrota

Pág. 79

Las caras del capital

Pág. 82

Cambiar el futuro

Pág. 85

A manera de conclusión

Pág. 90

Bibliografía

Pág. 96

Introducción

Las novelas de la Guerra del Chaco conforman un conjunto de obras narrativas que giran en torno a un periodo histórico preciso. Así como la revolución nacional de año 1952 o la aparición de las guerrillas y la posterior muerte del Che Guevara originaron después otra variada producción novelística centrada en esos sucesos u otros muy similares, también la guerra librada entre Bolivia y Paraguay, entre 1932 y 1935, suscitó una gran actividad literaria en ambos países.

En las siguientes páginas me propongo estudiar algunos aspectos novedosos de la literatura de la Guerra del Chaco, el nuevo proyecto nacionalista y racial que algunas obras de este periodo construyen y proponen. Los libros objeto del presente estudio son el libro de cuentos *Sangre de mestizos* de Augusto Céspedes; la novela *Prisionero de guerra* de Augusto Guzmán y el diario de guerra *Repete* de Jesús Lara.

Estas obras presentan un nuevo discurso político que se convierte en cohesionador de las ideas y visiones sobre el país y sus habitantes y que posteriormente conformaron el discurso nacionalista de la revolución de 1952. Entiendo al nacionalismo como “un movimiento ideológico para obtener y mantener (agregaría reforzar) la autonomía, unidad e identidad en nombre de una población apreciada por algunos de sus miembros como la constitutiva de una nación real o potencial" (Smith, 73).

Mi aproximación a estos textos se hace desde la discusión de los Estudios Culturales que atiende y cuestiona el proceso de formación de identidades desde la literatura, reconociendo en muchos casos la característica de 'invención' o 'construcción' de categorías tales como la nación, la historia, y la identidad.

De la misma manera que las novelas románticas que las precedieron, la narrativa de la Guerra del Chaco va de la mano con el discurso histórico, con la historia en donde se funda, para también dirigirla y amoldarla con el fin de unificar a una nación, de legitimar a algunos sectores de la misma y al mismo tiempo deslegitimar a otros. La literatura, de esa manera, es una oportunidad para dirigir la historia hacia un destino ideal, hacia proyectos nacionales de bienestar. (Sommer, 7).

Eric Hobsbawm destaca las funciones políticas de los historiadores y también de los escritores quienes construyen grandes mitos, a base de la evidencia pero también a base de la ficcionalización, en un intento por crear verdades o reforzar las ya existentes (271). La historia es la materia prima de los nacionalismos ya que se toman algunos datos, se omiten

otros y se añaden y se inventan otros más, lo que produce que la barrera entre historia y ficción se haga difusa.

Para un importante crítico boliviano, Guillermo Mariaca Iturri, la literatura de la Guerra del Chaco unifica los sentimientos nacionalistas previamente existentes o insinuados ya por algunos escritores anteriores al periodo bélico, sentimientos que se consolidan para mostrar una identidad étnica anterior a un Estado boliviano moderno, a la cual Anthony Smith ya hacía referencia como importante y poderosa para que la idea de nación logre atraer y convencer a un número mayor de personas (20).

Creo, como Mariaca, que estos sentimientos no son del todo creados, sino que se encuentran algo dispersos en algunos sectores sociales del país, como en el componente mestizo de la sociedad, que se ve a sí mismo homogéneo en relación a otros sectores de la población boliviana. Para Mariaca estas obras reunieron las contradicciones económicas y sociales del país y apuntaron a los enemigos de la nación. Es por eso que los jóvenes intelectuales consideran su deber denunciar y convencer a los ciudadanos sobre asuntos políticos y culturales (Mariaca, La palabra 18). Así, la obra chaqueña se convierte también en un arma propagandística de tipo político.

Augusto Guzmán, autor de una de las novelas objeto de esta investigación y posteriormente importante crítico literario, adopta una posición más neutral y a su vez más ingenua respecto a la literatura de esta época. Guzmán cree que la literatura chaqueña, de manera objetiva y veraz avanza en un mejor entendimiento de la nación boliviana, de su sociedad y de sus

habitantes. Es decir, de acuerdo a Guzmán, esta literatura aspira a ser un retrato fiel de las circunstancias históricas vividas (Guzmán, Panorama 90).

A pesar de esta última observación, este trabajo coincide con las apreciaciones sobre las funciones de la literatura en general en la creación de nacionalismos y en la fijación y construcción de la memoria de un pueblo. Muchos de los autores de la literatura chaqueña actuaron como verdaderos historiadores debido a la censura imperante en esa zona de guerra y a la maquinaria propagandista del gobierno. Sin embargo, a diferencia de lo que dice Hobsbawm, estas novelas, antes que construir mitos, intentan destruir algunas ideas generalizadas en la época, como la idea liberal del progreso sobre la base de la importación de capitales, la europeización y el blanqueamiento de sus habitantes, la inutilidad de la raza indígena y sus vicios, la incapacidad y desorden de la clase mestiza para gobernar. Sin embargo, en este proceso, inevitablemente también construyen otras creencias sobre los cuales se fundará su discurso nacionalista.

Para Hobsbawm el nacionalismo es una cultura de identidad y la literatura chaqueña es eso, una cultura de identidad que, sin embargo, se encuentra anclada más en un pasado y una interacción casi inmediata antes que inmemorial, en una idiosincrasia encontrada o imaginada en la guerra, en la identificación de los enemigos del país en aquellas circunstancias.

En *Comunidades imaginadas*, Benedict Anderson ve al nacionalismo como un artefacto cultural de una clase en particular (21), en el caso de la literatura boliviana de la Guerra del

Chaco, de nuevas clases emergentes y alejadas de la posibilidad de gobernar, intelectuales, profesionales y periodistas independientes, como lo fueron Jesús Lara, Augusto Guzmán o Augusto Céspedes, entre otros. El nacionalismo es algo que se inventa según las necesidades de una época y no algo que preceda a las formaciones sociales. En este aspecto, acertadamente, Anderson le da gran importancia a la literatura y a la aparición de lenguas impresas que suponen la creación de comunidades que se reconozcan e interactúen entre sí.

La nación boliviana, desde la literatura de esa época, puede ser vista como una “comunidad imaginada” o, más bien dicho, re-imaginada por nuevos actores diferentes a los patricios criollos de la época de la independencia, una construcción de su nacionalismo a partir de las características de una clase que se mira a sí misma. Estas características buscan aplicarse y generalizarse a personas, grupos y razas todavía no partícipes de un proyecto nacional y que a través del tiempo fueron tradicionalmente segregadas o menospreciadas.

Concuerdo con Mariaca Iturri y Smith cuando ellos hablan de sentimientos nacionalistas previamente existentes, pero nunca tan claramente evidenciados como en estas obras. Estas obras unifican una clase para que se identifique y se reconozca como una comunidad étnica ya constituida con base en una “cotidianidad cultural” (Mariaca, La palabra 35). Esta comunidad étnica es la boliviano-mestiza.

La literatura de la Guerra del Chaco recrea nuevamente el mito de un país homogéneo, que se sustenta en ciertos rasgos de la nación y del sujeto boliviano, nación que, sin embargo,

debe superar a sus enemigos e incluir y proteger a los indios en su proyecto, a su vez llevarlos por los caminos de la civilización para constituirse. Así, cumplen la función de reordenar el Estado boliviano ya que proponen una nueva relación de fuerzas entre los diferentes grupos raciales del país, con sus respectivas culturas: la tradicional hispano-criolla, la mestiza y la indígena.

En las obras de este periodo se puede observar un nuevo imaginario racial de la nación que se inserta en el largo debate del blanqueamiento o mestizaje del país. En este sentido, entiendo al mestizaje propuesto por estas obras como un paradigma o discurso ideológico que actúa también como un proyecto político y económico en Bolivia y otros países latinoamericanos, para lograr la integración nacional de todos sus sectores productivos. Como indica Javier Sanjinés, el paradigma del mestizaje busca eliminar con su retórica las diferencias entre mestizos, criollos e indios, ya que no sólo busca un mestizaje racial sino también uno cultural que sirva de crisol de las diferentes costumbres y hábitos de las personas (Sanjinés, Indianizar 2). Es así, que en la aproximación que hagamos a estas obras, intentaremos desmontar este nuevo proyecto racial para entender sus implicaciones y alcances.

Capítulo I

Los autores, su tiempo y sus obras

Sangre de mestizos, libro de nueve relatos y un poema, para muchos, por sus logros estilísticos en el fondo y la forma de sus cuentos, es la obra boliviana más representativa del periodo de la Guerra (Vargas Portugal, 4323). Su autor, Augusto Céspedes (1904-1997), fue movilizado al Chaco en 1933, donde actuó como corresponsal de guerra. Sus reportajes fueron registrados en un libro que después se llamó *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*.¹

Después de la guerra fue uno de los fundadores y principal cronista de *La Calle*, diario que desde 1934 mezclaba el periodismo de batalla y la sátira hacia el gobierno de turno. Céspedes, desde antes de la guerra, estuvo ya relacionado con la política boliviana

¹ Céspedes Augusto. *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*. La Paz. Editorial Juventud. 1975.

participando en la fundación en 1927 del Partido de Unión Nacional, de tendencias socialistas. De acuerdo a Lorini, este partido fue el precursor de las nuevas ideas políticas que emergían en el momento (262). Posteriormente, junto con otros políticos, fundarían el MNR, partido que en 1952 llevaría a cabo la revolución nacional que introdujo el voto universal, la reforma agraria, la nacionalización de las minas y la reforma educativa, entre otras medidas.

Prisionero de guerra de Augusto Guzmán (1903-1994) es una novela-crónica que se centra en la acción en el frente y posteriormente la vida del personaje principal en un campo de prisioneros muy cerca de Asunción. Después de la guerra Guzmán se convertiría en un importante escritor y crítico literario, miembro de la Academia Boliviana de la Lengua. De su extensa y variada obra se destaca, como él mismo lo indica, su apego al dato real y a la historia (Rodríguez Márquez, 2157). Aunque Guzmán siempre se declaró como un político independiente, durante su vida mostró sus simpatías por el MNR y algunos de sus dirigentes, lo que lo llevaron a escribir la historia de ese partido y posteriormente la biografía de su líder principal, Víctor Paz Estensoro.

Repete de Jesús Lara (1898-1980) es uno de los primeros logros literarios de este autor posteriormente consagrado e institucionalizado en el país y quien hasta el momento ha alcanzado importantes traducciones en el exterior, principalmente en países del ex-bloque comunista. *Repete* es un diario de guerra que va desde el viaje de la ciudad al teatro de las operaciones, la acción en las trincheras de la primera línea de fuego, la convalecencia de Lara en varios hospitales de campaña y, finalmente, las acciones finales de la guerra

nuevamente en primera línea. El libro, de gran riqueza documental, cubre un periodo de más de un año. Sus novelas posteriores a 1952 analizarán los procesos revolucionarios de aquel año y la reforma agraria del año siguiente. Lara también se convertiría en miembro del Partido Comunista Boliviano hasta 1967, año de la traición de ese partido a la guerrilla del Che Guevara.

Escojo estas tres obras ante todo por su carácter testimonial, porque por medio de diferentes mecanismos intentan pasar por representaciones válidas de la realidad de la guerra. Los tres autores fueron testigos de primera mano de la contienda pues actuaron en la línea de fuego; es decir, no fueron los despreciados “emboscados” que se imaginaron los sucesos desde lejos, como lo hicieron otros autores². Se cree de ese modo que las tres obras pueden ser los recuentos reales de sus experiencias. El haber estado allí resulta muy importante pues como indica Clifford Geertz, de esa manera, los autores son capaces de convencernos que lo que se nos cuenta es el resultado de una penetración real en otra forma de vida y de lo que se dice es en realidad un hecho (13).

Las tres obras adoptan un estilo coloquial, sencillo, sin preciosismos ni rebuscamientos del lenguaje, revelando así su intención de alcanzar e interesar a un mayor número de personas. En el caso de *Sangre de mestizos*, a diferencia de los otros dos libros, el autor deja de ser el mismo protagonista de sus cuentos y es por eso que utiliza otros mecanismos para otorgar verosimilitud de sus relatos. Para empezar, como bien lo hace notar Blanca Withüchter, esta

² Me refiero a otras novelas también importantes como *Aluvión de fuego* de Oscar Cerruto y *Laguna H3* de Adolfo Costa Du Rels, la primera escrita en Chile y la segunda escrita en Francia. Ninguno de los autores asistió a la contienda chaqueña.

intención de veracidad se refleja en el lenguaje utilizado por el autor, que se extrae del habla local de sus protagonistas y que se convierte en una característica recurrente en la totalidad de sus cuentos (144). Por otro lado, Céspedes en notas de pie de página, continuamente mezclará los datos históricos con comentarios irónicos y mordaces de su propia cosecha, situando de esa manera, tanto relatos como comentarios, dentro de una posible realidad.

Más importante aún, Céspedes desplaza la narración a otros testigos de los hechos, testigos por demás dignos de crédito: dos soldados que recuerdan la trágica suerte de un compañero caído en combate, la historia del sargento Cruz escrita a partir de sus “papeles sueltos”, encontrados por un médico prisionero y entregados al escritor-periodista para ser redactadas como copia fiel. En el caso del “El pozo”, la historia será narrada por un suboficial boliviano convaleciente:

Mi camarada E y yo recordamos la historia del Teniente Coronel Santiago Sirpa, de cuyos dramáticos detalles había sido testigo E [...] Meses más tarde reconstruí y amplié el diálogo de aquella noche (37).

Las notas del Sargento Cruz Vargas están escritas en papeles sueltos, al lápiz, y son difíciles de captar por la caligrafía irregular y el concepto (105).

Soy el suboficial boliviano Miguel Navajas y me encuentro en el hospital de Tarairí recluso desde hace 50 días con avitaminosis [...] entretanto me aburro, [...] y como nada tengo para leer [...] me leo a mí mismo, releo mi DIARIO. Pues bien, enhebrando páginas distantes, he exprimido de ese Diario la historia de un pozo (17).

Muy a menudo la narración adoptará las formas de aquellos géneros informativos, la de un diario de campaña, la de una carta, la de las reflexiones íntimas de un soldado hechas en secreto o de la conversación sostenida entre dos camaradas a la luz de la fogata. Al hacer esto el autor busca distanciarse del papel que le tocó jugar en el conflicto, el de espectador y cronista de primera mano de los hechos de la guerra y así ofrece el puesto de testigo a otros sujetos que se convierten en narradores y que desplazan al propio Céspedes, pero expresan lo que Céspedes tal vez hubiera querido indicar directamente. En esta distancia entre el escritor y el testimonio, Céspedes quiere legitimar aún más la intención de verdad de sus relatos.

Otro motivo para la elección de estas obras es la inmediatez de su publicación frente al acontecimiento histórico que quieren representar. Estas obras fueron publicadas justo después de la contienda, entre 1936 y 1937. Según Jorge Siles Salinas estos autores de alguna manera se sintieron apremiados a comunicar cuanto antes las impresiones de los años imborrables que les tocó vivir (16). La edad de estos autores no sobrepasan los treinta y cinco años, lo que les posibilita la recepción e influencia de novedosas ideas y doctrinas de la época, como el anarquismo, el socialismo y el comunismo que circularon en las primeras décadas del siglo XX³, una “muchedumbre de revistas, semanarios y colecciones populares

³ Augusto Guzmán demuestra por lo menos haber leído y estudiado a Engels y a Spengler a quienes cita en diversos pasajes de su obra; por su parte, Lara y Céspedes continuamente utilizaran palabras que nos hacen recuerdo a la ideología socialista. Por ejemplo, Céspedes llamará “la clase proletaria del trópico” a los campesinos del oriente boliviano (39).

de literatura” (Rama, 161) aparecidas gracias al boom editorial en algunos países sudamericanos como la Argentina, Chile y el Perú.⁴

Estos autores, debido a su edad, son parte de nuevos sectores surgidos en la sociedad en aquellos años, surgimiento que se vio favorecido por las políticas de los gobiernos liberales (1899-1920) que, merced a empréstitos o compensaciones territoriales, consolidaron al modelo exportador de materias prima. Durante las primera décadas del siglo XX se concluyeron nuevas líneas férreas, se amplió el sistema de caminos, se tendieron nuevas líneas telegráficas, el sistema de correos fue mejorado, con la apertura de nuevas oficinas y se fomentó la educación pública en todo el país (Lorini 68). Estas políticas y obras robustecieron algunos gremios: sindicatos de trabajadores mineros y ferroviarios, comerciantes, importadores, profesores, trabajadores públicos, asociaciones de telegrafistas, trabajadores gráficos, periodistas independientes, etc., dando lugar a la aparición de una clase media alejada de los grupos de poder tradicionales y por tanto excluida de la participación política, pues el mismo estado liberal que entonces proclamaba la participación de todas las clases sociales de Bolivia, contradecía también su propio discurso, negando ese mismo principio, porque, de acuerdo con Herber Klein, “su modalidad de pensamiento o estructura mental venía de una tradición católica heredada de la España virreinal, donde se impuso una actitud señorial-estamental” que no podía ser desafiada (199).

⁴ Irma Lorini, en su libro *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia. 1920-193*, indica que a partir de 1930 se vendieron en Bolivia ediciones populares hechas en la Argentina y Chile de las obras de Lenin, Bujarin y Plenajov (98).

El caso de Jesús Lara revela mejor las características de un nuevo intelectual de muchas maneras autodidacta y apartado de la clase criolla todavía relacionada con la herencia feudal española de la colonia. Nacido en la provincia cochabambina, su primera lengua fue el quechua, a la que jamás renunció, al igual que el peruano José María Arguedas, quien tampoco renunció a sus orígenes indígenas. Esto, a lo largo de su vida, lo impulsan a comprometerse en la defensa y rescate de las características étnicas, de la lengua y la literatura de los primeros pobladores de Bolivia. Jesús Lara se convierte al mismo tiempo en un mestizo racial y cultural.

Otro motivo para acercarme a estas obras es porque considero que, a pesar del tiempo transcurrido, sus páginas conservan una gran actualidad, gracias al prestigio adquirido por sus autores en los años posteriores a la guerra y a las continuas ediciones y reediciones que circulan actualmente en los mercados del país y que en algunos casos se debe a que estos libros, aún hoy, se consideran parte de los programas oficiales de educación en asignaturas como literatura o historia. Por otro lado, creo que estas obras constituyen una variedad dentro de los géneros literarios existentes que van desde la representación alegórica de las circunstancias de la guerra (*Sangre de mestizos*) a la supuestamente más cercana referencia de la realidad (*Repete*)⁵.

⁵ Esta obra ganó el Premio Municipal de Literatura de Cochabamba en 1937. Al respecto, el Comité Ejecutivo que concedió el premio escribía en su acta oficial: “*Repete* no es el producto de la imaginación de un novelista, sino la exposición verídica de los sucesos de la campaña” (Coy, 2599). Debido a su publicación la obra provocó un duelo de honor entre el autor y uno de los militares mencionados en sus páginas. Después del lance, en el cual ninguno de los dos rivales fue herido, el Comité Ejecutivo de la Asociación de Excombatientes del Regimiento 41 emitía una resolución que en una de sus cláusulas proponía: “Protestar por el hecho de que periodistas emboscados se arroguen el derecho de comentar una

Ante todo, escojo estas obras porque sus autores fueron actores y testigos de las acciones bélicas, lo que hace que sus obras sean en parte testimoniales y se consideren también históricas ya que se escriben tomando como referente hechos, lugares y personas reales que tuvieron su decir en la contienda. Se piensa de esta manera que, al ser testimoniales, representan lo que no se dijo de la guerra, lo que se trató de ocultar y es posible también que las desventuras y la redención de un “yo” autobiográfico se puedan transferir a un posible “nosotros” que se crea en el ámbito de la lectura (Sommer, No secrets 141).

Aunque la intención de verdad y realidad es una de las características del testimonio, como bien lo hace notar George Yúdice, el énfasis del mismo no recae en la fidelidad del relato, sino en la posibilidad de crear solidaridades alrededor de la identidad o las identidades que se forman en la lucha, de la cual es testimoniante fue sujeto o espectador (212). Es por eso que, a pesar de su voluntad de verdad, estas obras no abandonan la oportunidad de inventar y reinventar los hechos y los actores para configurar una ficción literaria.

Estos autores, posteriormente, utilizaron y ampliaron estas ideas en el ámbito político y académico. Céspedes, Guzmán y Lara, por el hecho de encontrarse en el frente de la guerra y no en la retaguardia, ora carecen de los prerrogativas inherentes a las élites intelectuales y gobernantes del país, ora deciden ignorarlas en favor de una responsabilidad mayor en la contienda como combatientes y como ciudadanos. Así, su visión se opone a las versiones

obra sobre cuya rigurosa verdad histórica nada pueden argüir, puesto que ellos nada vieron, nada sintieron del dolor de la tragedia lejana” (Lara, 325).

oficiales de la guerra y de las derrotas.⁶ Estas obras, al intentar ser testimoniales y ser escritas por verdaderos excombatientes, llegan a convertirse en un tipo de memoria grupal porque en un plano más general también representan la memoria de los otros excombatientes, una memoria que se opone a la historia oficial creada y difundida por los propagandistas del gobierno.⁷

Considero a las obras de este periodo como un intento dinámico y fecundo por construir una conciencia o identidad nacional que busque incluir a todos los sectores sociales y raciales del país. Este nuevo empuje de producción literaria, tanto en número de obras como en su calidad, me parece más eficaz que la esporádica producción de la novela romántica de finales del siglo XIX, como *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre. Si bien esta novela ya hace del mestizo, de la chola, de los plateros y otros artesanos, el germen y el origen de la independencia y de la nación boliviana, el mestizaje que sugiere se convierte en algo

⁶ Estas versiones de acuerdo a Jesús Lara se estrellan en contra del soldado, en *Repete*, irónicamente el autor escribe: “Una derrota más, un nuevo baldón para el soldado. 'la tropa no responde'. 'El soldado se corre' dirán en su descargo los altos jefes. ¿Quién ha de cargar, si no el soldado, con las responsabilidades de un desastre”. (Lara, 184). Muy convenientemente, los mandos militares apelan a la generalizada creencia de la inutilidad e incapacidad indígena, para justificar los descalabros del ejército.

⁷ Lara critica a aquellos intelectuales panegiristas del gobierno a quienes bautiza como “líricos de Samayhuate” en referencia a un pueblo de retaguardia. Después de leer un diario de La Paz se pregunta: “¿Qué victorias formidables decantaban y qué virtudes nuevas de nuestros epónimos jefes pintaban con su retórica frondosa y campanuda?” (209). Mientras otra era la realidad en el frente, Lara cuestiona la autoridad moral de esos intelectuales y sus merecimientos para ser ascendidos: “Ascendían los llamados líricos de Samayhuate, aquellos intelectuales que, a la manera de los bardos de Ossian, cantaban impertérritos las glorias de sus jefes epónimos y en frondosos 'informativos' nos atribuían gratuitamente los más heroicos y sangrientos 'asaltos a bayoneta'. ¡Asaltos a bayoneta! A propósito, ¿cuántas bayonetas hay en mi regimiento? He visto unas diez o doce relegadas a simples y modestos cortaplumas” (120).

utópico e irrealizable ya que pretende hacer del mestizo un ser casi blanco, que solo adquiere algunas pequeñas características de la raza indígena para embellecerse.

En lo que respecta al indígena, en *Juan de la Rosa* resalta su práctica invisibilización como posible fuerza social o factor de nacionalidad. Con esto Aguirre tal vez quiere anticipar su desaparición o sus deseos de que ésta desaparezca o sea totalmente absorbida por parte de una raza mestiza idónea, blancoide, alfabeta y españolizada. Como muchos, Aguirre piensa que el indio es un peso muerto para el Estado y que su raza se halla embrutecida, vencida y destinada a desaparecer aunque su lengua permanecerá como parte del patrimonio, de la tradición y habla de los mestizos, quienes se encargan de embellecerlo. Esto también podrá observarse en la narrativa chaqueña.

En cuanto a los escritores del periodo liberal (1899-1932), influenciados en las teorías del positivismo, buscaron criticar y culpar de los males del país a todos aquellos considerados incapaces de ser civilizados, sin saber qué hacer con ellos. Estos escritores que se identificaron con los gobiernos de esa época, a decir de Jaime Iturri Salmon, se caracterizan por ser “políticos gamonales soñando con ver París y después morir mientras vivían de los indígenas a quienes echaban toda la culpa de los males” (5). Al mismo tiempo que intervenían en la política y buscaban la “modernización” o mejor dicho, la europeización de Bolivia a base de la industrialización y la apertura del país a capitales foráneos, caían en grandes contradicciones, como las de impedir el acceso del indígena a la propiedad privada o reprimir la participación de las mayorías en los comicios nacionales. Predomina en ellos el orgullo de su herencia española, la que hace que mestizos e indios se conviertan en una

amenaza para su hegemonía letrada y por tanto, y haciendo referencia de su impureza racial, se los culpa de los males y los vicios nacionales.

Raza de bronce, de Alcides Arguedas, considerada la novela boliviana más importante de las primeras décadas del siglo XX y también una de las fundadoras del indigenismo en la literatura latinoamericana, nos muestra indios sumisos e incapaces de rebelarse en contra de sus opresores, pues para algunos críticos, en Arguedas persiste un desprecio y al mismo tiempo un miedo atávico hacia ellos, lo que hace que éste escriba en favor del *status quo* respecto a las relaciones raciales en el país. De ese modo representa a los indígenas como a seres inferiores, carentes de iniciativa, rencorosos, vengativos y crueles y como siempre, destinados para perder (Iturri, 25).

Con todos sus defectos y sus sesgos, la literatura de la Guerra del Chaco se constituye en el más serio intento por proponer una nación que tome en cuenta a todos sus habitantes y donde todos sean considerados como ciudadanos en igualdad de condiciones ante la ley. También, uno de los primeros lugares a mirar en busca del nacimiento de una narrativa nacional. Su influencia se sentirá y se siente en muchas obras posteriores, pero, ante todo, esta influencia se siente en el discurso político de las décadas por venir.⁸

⁸ Al respecto Guillermo Mariaca cree que la Guerra del Chaco constituye uno de los tres momentos de formación del discurso ideológico del MNR, partido que llevó a cabo la revolución de 1952. La Guerra del Chaco define las crisis de poder y sus contradicciones principales (22).

De la misma forma, en años recientes, el proyecto racial de estas obras ha sido y viene siendo confrontado y cuestionado merced a la aparición o, mejor dicho, a la mayor evidenciación de la resistencia de grupos sociales y raciales invisibilizados por el discurso nacionalista y su retórica del mestizaje, que durante mucho tiempo negó la unicidad de esos sectores en favor de la homogenización de la población boliviana.

En los últimos años, los grupos y líderes indígenas del país se oponen a un discurso que los hace ver eternamente niños, incapaces de tomar sus propias decisiones políticas y económicas, de gobernarse y gobernar. Así, líderes indígenas importantes, como Felipe Quispe, el Mallku (cóndor), proponen el discurso contrario, el de indianizar al q'ara o al blanco. Es por eso que me parece importante volver a uno de los lugares donde este imaginario del indio infantilizado y desprotegido fue creado e integrado al imaginario de la nación.

La Guerra del Chaco se convierte en un hecho irrepetible pues logra un alto grado de involucramiento del pueblo, primero, debido a una entendible exaltación patriótica en favor de la contienda y, luego, con la esperanza de parar el inútil y doloroso desangramiento en el frente. En este sentido, dado su carácter aparentemente testimonial e histórico, la narrativa chaqueña alcanza a un gran número de personas, a los pequeños sectores letrados de las ciudades. Sobre todo, puede ser compartida por miles y miles de ex-combatientes⁹

⁹ Se estima que el número de prisioneros bolivianos en el Paraguay, una vez terminada la guerra, llega a más de 17.000 prisioneros, sin contar con los prisioneros cruceños que fueron liberados en mayo de 1935, supuestamente para facilitar un movimiento secesionista del departamento de Santa Cruz (Zook, 245).

que regresan de los campos de batalla y de las trincheras, a los mandos medios del ejército, deseosos todos por ver reflejadas sus experiencias y al mismo tiempo por compartirlas con otros, deseosos también por encontrar culpables para tantos errores y tanta muertes en el Chaco y por poder participar en la política y torcer los destinos del país¹⁰. Estos libros vinieron a reforzar una conciencia surgida en la guerra a partir de incontables reflexiones y conversaciones de campaña y ayudaron también a documentar y dar forma a una ideología, para que sea compartida y discutida también entre los sectores que no fueron testigos de la guerra y que, como se mencionó anteriormente, estuvieron a merced de la propaganda estatal.

La ideología nacionalista, cuyos primeros lugares de formación es la narrativa chaqueña, tiene como base tres ejes discursivos. El primero es la identificación del boliviano con la tierra, y como resultado de esto, el señalamiento de características que constituyen al boliviano y lo boliviano, quiénes somos, cómo somos y qué nos representa. En segundo lugar, esta narrativa toma posición a favor de los indios y de los mestizos como parte y sujetos de la nación. Aquí es importante destacar el aporte del intelectual boliviano Franz Tamayo, cuya obra *Creación de la pedagogía nacional*, originalmente escrita en 1909, parece influir fuertemente en los puntos de vista, que sobre el indio y el mestizo, la literatura de la guerra maneja. Por último, el tercer eje discursivo de estas obras es la identificación de los enemigos de la nación boliviana, los causantes de la guerra y de la consiguiente

¹⁰ Augusto Guzmán en *Prisionero de guerra* hace ésto evidente cuando describe la vida de los prisioneros en el Paraguay: “Hay quienes se dedican a escribir poesías, memorias, cartas, ensayos históricos que son decomisados en las revisiones y hay quienes estudian con tetrica solemnidad para diputados, ministros, presidentes o dictadores” (128).

derrota, enemigos que posteriormente serían referidos como la “antinación” por los ideólogos del MNR.¹¹ Al hacer esto, la narrativa de la Guerra del Chaco también propone marcos de acción política para el futuro inmediato.

¹¹ Este término fue acuñado en 1946 por Carlos Montenegro, principal ideólogo del MNR, en su libro *Nacionalismo y coloniaje*.

Capítulo II

Etnicidad en la literatura chaqueña

Entiendo la etnicidad dentro de la literatura a la manera en que una comunidad se construye en oposición a otras comunidades, a otros grupos, como la acumulación de información que demuestra la cohesión emotiva y la creatividad de esta comunidad en una situación de emergencia, en este caso, la guerra.

Anthony Smith da cuenta que si bien la etnicidad puede tener una base genética, esta también puede ser el resultado de las necesidades de una época, que la pertenencia a un grupo étnico no se da tanto por la raza, sino por la actitud que toman los individuos en situaciones históricas distintas. Esto hace posible que la etnicidad sea creada para favorecer

los proyectos e intereses de ciertos grupos y para atraer el apoyo de las demás clases en su lucha por el poder. (20)

En estas obras, dadas las condiciones extremas de la guerra, hay una necesidad de resaltar el carácter de pertenencia de los combatientes bolivianos a una comunidad, a un lugar de origen diferente al de los combatientes paraguayos y al de los grupos que se quedaron atrás como “emboscados” y que también se convierten en enemigos de Bolivia, pues propician, en parte, la derrota del país. Hay un intento de diferenciar ese escenario extraño que es el Chaco de los paisajes amables que los combatientes rememoran, como una forma de construir el subjetivo emotivo del boliviano, el imaginario de Bolivia. Como veremos en este capítulo, la etnicidad o esa conciencia de nación se construye a base de algunas características que considero los más importantes, además de enfatizar posteriormente en el mito de una herencia y ascendencia indígena común y en la erección de los enemigos de la patria, que no son precisamente los paraguayos.

En este capítulo deseo demostrar como estas obras construyen a Bolivia como un país de montañas, a los bolivianos como habitantes de ellas, como habitantes de tierras frías y al mismo tiempo cómo la montaña, de alguna manera, determina el carácter de los bolivianos. Finalmente, mostrar cómo en estas obras, los bolivianos se sienten afectados, comparten y se reconocen en ciertas prácticas comunes como la música, el conocimiento y uso de lenguas nativas como quechua y en el acto de masticar coca. Así, estas prácticas se convierten en símbolos de nuestra identidad étnica.

El escenario: el descenso a los infiernos

La descripción del escenario chaqueño es fundamental para representar o construir la subjetividad del boliviano. En *Sangre de mestizos* de Augusto Céspedes y *Prisionero de guerra* de Augusto Guzmán hay un afán descriptivo de lo terrible del paisaje chaqueño, como una manera de compararlo con el paisaje benévolo y muchas veces gentil del altiplano y del valle andino. De esa manera, por oposición, la descripción de ese paisaje agreste construye el imaginario de Bolivia como un lugar idílico y bucólico en medio de las montañas, al boliviano como habitante de aquellas y también como seres pacíficos no hechos para la guerra y la batalla.

Sobre *Sangre de mestizos* estoy de acuerdo con la aseveración de Guillermo Mariaca (Mariaca, El poder 35), cuando indica que este libro cuenta, paso por paso, la historia de una derrota nacional. Aunque sus cuentos ofrecen personajes y relaciones complejas, historias de amor y de desengaño, de desafíos y aventuras, de obsesiones y de valor, también presentan un cúmulo de datos que nos revelan los detalles y los entretelones de la guerra, las condiciones del país antes de su inicio, los orígenes del conflicto, las razones para su comienzo, los culpables y las razones para la derrota. Céspedes, irónicamente, como sucede durante todo su libro, critica la política de penetración en el Chaco, hecha sin conocimiento del terreno, sin conocer la naturaleza donde se pretenden abrir caminos y erigir fortines, sin conocer la verdadera dimensión de las distancias y además subestimando la respuesta del Paraguay como país:

El Presidente Salamanca, con su sencillez que le distingue, ha recorrido ese camino en un mapa de bolsillo, con su índice de momia. Dentro de su infinita sabiduría, el Presidente pronostica que bastará cerrar ese camino como un cinturón para que automáticamente las hordas paraguayas, atemorizadas, paralicen su invasión furtiva. (56).

Sangre de mestizos trata de explicar, con gran detalle, el contexto histórico en el que se realizó la guerra, y para lograr esto, grafica las condiciones en las que Bolivia se encuentra al iniciarse el conflicto, la relación de Bolivia como país con ese escenario donde habrían de librarse las batallas: la falta de caminos, de vías de penetración, al fin de cuentas, la imprevisión. Céspedes, con erudición y un sarcasmo cruel, escribiría como nota de pie de página: “Al empezar la guerra, Bolivia tenía en el Chaco solo 22 caminos. Después necesitó más de 2000” (73); en otra, luego, añadirá:

La desproporción entre la capacidad del gobierno boliviano y la magnitud de guerra por la que fue sorprendido, se objetiva en el sitio de Boquerón. Mientras el Paraguay puso inmediatamente en la línea de fuego 12.000 hombres; Bolivia, con 3 millones de habitantes no pudo socorrer durante 23 días a sus 600 soldados situados por aquellos (78).

En “La coronela”, cuento que nos refiere la historia amorosa de un militar mestizo e “aindiado” y una “regia camba”, Céspedes nos revela los intereses de los paraguayos y los de la “oligarquía capitalista” de Buenos Aires, por conquistar aquel territorio semi-abandonado y supuestamente rico en petróleo.

Junto con estos datos, Céspedes nos deja ver la verdadera condición de Bolivia respecto a aquellos territorios: la lejanía, logrando de manera clara aportar al lector aquella sensación.

El Chaco, para el combatiente boliviano, queda separado de sus lugares de origen por semanas y semanas de una marcha penosísima. El viaje a Roboré, el extremo más al norte de este territorio, es descrita por Céspedes de la siguiente manera:

dos mil kilómetros de viaje, primero en los ferrocarriles del altiplano y los valles, luego en autocamión desde el valle de Cochabamba al trópico de Santa Cruz y después en camión se ha bamboleado durante días enteros, desarrollando el interminable carrete del horizonte, alejándose de las últimas montañas por el camino tardo (59).

Después de esa difícil llegada el autor, de una manera violenta, nos introduce dentro de una naturaleza agreste, con sequías y luego con inundaciones que parecen enterrar a los camiones, a los hombres. Esta misma sensación de lejanía también está presente en la obra de Lara, y su diario de guerra *Repete*, pues describe detalladamente la penosísima marcha de los soldados hacia la línea de fuego, hecha mayormente a pie y en largas jornadas (21).

Céspedes nos da a entender que aquello no es Bolivia o que todavía no lo era, puesto que el hombre todavía no había llegado hasta allí o recién lo estaba haciendo. El Chaco es un lugar nuevo, es un lugar hostil, no hay aldeas, ni poblaciones y así, enfatiza en la muerte de los soldados bolivianos, tan lejos, sin que nadie los entierre, sin que siquiera se enteren de su muerte.

El Chaco es capaz de absorber a los hombres para recién fundar la patria o para hacer del Chaco parte de la patria. Esto sólo puede hacerse con el sacrificio y la sangre de su pueblo y es el pueblo, precisamente, aquél que ofrece su sangre para fundarlo. Antes de eso el Chaco

no era patria, puesto que ni siquiera conocíamos su paisaje y es la guerra la que recién lo completa. Desafortunadamente no es un paisaje complaciente o generoso, es más bien un paisaje hiriente, lascivo. En “Terciana muda”, poema inicial del libro de Céspedes, después de pasearnos por toda ese “paisaje incurable”, el autor termina diciendo:

Te araron gritos y cañones,
Florecieron tus rosas: las heridas,
Maduraron tus frutos: las granadas
¡oh jardín de suplicios!
Ya está acabado tu paisaje,
ya tienes acabado tu paisaje,
ya tienes esqueletos de soldados
bajo los esqueletos de tus árboles...
ahora eres patria, Chaco,
de los muertos sumidos en tu vientre
en busca del alma que no existe en el fondo de tus pozos (15).

El Chaco es naturaleza desafiante y por eso que la descripción de este medio tiene un lugar central en las obras de este periodo. Céspedes identifica esta realidad con la muerte, por medio de una serie de metáforas que describen árboles y plantas como osarios y esqueletos. Abundan también otras imágenes de putrefacción y de la enfermedad que acompañan a la descripción de de esa naturaleza.

Ni un soplo de brisa movía los árboles fríos, tristes, condenados a una parálisis corroída de úlceras y llagas monstruosas [...] Sobre el suelo compacto y duro la horrible arboleda exteriorizaba con actitudes de ira y de locura el padecimiento de su sed secular, fingiendo ante nuestras miradas un bamboleante esquema de esqueletos torturados por el fuego. Troncos caídos semejaban saurios disecados, osamentas de cíclopes con el ojo fósil prendido a las cortezas. Otros árboles se enlazaban con los

vecinos, retorciéndose, carcomidos y apolillados como momias de tarántulas gigantes, acopladas, enredadas, contagiadas unas de otras de bubones tumefactos y de lúes rosadas (141-142).

Es como vemos un paisaje de muerte y agonía, donde las mismas plantas parecen sufrir los tormentos de la sed y son castigadas por el calor que a su vez se asemeja al castigo del fuego de las regiones profundas. El Chaco queda grabado en el imaginario de los bolivianos, para los que fueron y para los que se quedaron como el “infierno verde” donde “sólo dios sabe si se regresará”, imagen que se ayudó a crear con la música y las canciones de aquella época y por páginas como las de Céspedes que ven al Chaco como un mundo expansivo y agresivo, que ataca y que busca atrapar para siempre a los hombres que allá se han introducido, naturaleza dinámica, de púas y espinos que se alargan para alcanzar y herir a los hombres. En “El milagro” Augusto Céspedes describe ese paisaje de la siguiente manera:

la quietud del monte muerto se desenmascaró, revelándonos con su agresividad insidiosa, con toda la multiplicidad de su dinamismo sarcástico y maléfico. Nos latigueaba los rostros, nos cogía de los brazos con sus uñas, nos obligaba a girar sobre nosotros mismos, enredándose a los pies, se cerraba alrededor de nuestros cuellos, nos prendía de los cabellos, nos extraviaba alrededor de un matorral, nos metía espinas dentro de las botas (42).

Su famoso cuento “El pozo”, sin duda la metáfora del sinsentido de la guerra y de la muerte por ella, es el que mejor retrata la avaricia de la sequedad de la tierra chaqueña, soldados de ambos ejércitos se aniquilan por un pedazo de arena más, como si ésta tuviera agua.

Pero en el “El pozo” Céspedes va más allá todavía, el Chaco no es solamente una región o una unidad geográfica, es una entidad que cobra una forma maligna y opresora, que “tiene algo de raro y de maldito”, es “tierra que aprieta los puños con la muda cohesión de la asfixia” y que también se expresa en su “dynamismo sarcástico y maléfico”, en el fuego que lame las calaveras y castiga a los hombres. Para estos autores, el Chaco se convierte en la encarnación de la maldad y de la muerte, que va adquiriendo una pavorosa y devoradora sustancia “constituyéndose en el amo, en el desconocido señor de los Zapadores¹²” Para Céspedes, el Chaco es el infierno necesario e ineludible, al que los bolivianos tuvieron que descender para obtener la redención, para obtener una brújula que los guíe hacia la esperanza, hacia un futuro diferente.

Esta capacidad del Chaco para reclamar vidas, la misma idea del Chaco como una entidad antropófaga e insaciable es también observada por Augusto Guzmán, con la adición de que, para él, el Chaco es una naturaleza difusa y sin formas, es simplemente selva que devora :

Hasta las plantas parecen tuberculosas a causa de este polvo que va minando insensiblemente el organismo de los choferes, mártires anónimos, sufridos conductores de esta carne de sacrificio que no cesa de llegar para ser engullida por la enigmática inmensidad. Los millares de hombres que se buscan para matarse en medio de esta confusión vegetal (14).

Augusto Guzmán busca mostrar que esa naturaleza nueva es en nada parecida al altiplano o el valle de donde vienen los bolivianos. El mayor peligro que acecha al hombre en el

¹² Nombre con el que se conocía a los exploradores de avanzada del Chaco y cuya función era abrir sendas y encontrar agua.

Chaco no es el de caer abatido por la metralla, sino el de perderse en la maraña espinosa que separa a los diversos grupos combatientes. Guzmán menciona la hostilidad de aquella zona y no puede sino sentir aversión y repugnancia por el paisaje: “Me es tan despreciable esta flora del Chaco que, obedeciendo a un impulso inevitable, me pongo a mirarla con rencorosa extrañeza” (21).

En *Prisionero de guerra*, la sed es el mayor tormento de los soldados y sus víctimas son tan numerosas como las causadas por las acciones de la guerra. Uno de los capítulos del libro se titula “El enemigo interior” en referencia a la sed. Por contradictorio que parezca, el Chaco es una región boscosa, donde las plantas, en su mayoría enanas y espinosas, se han adaptado muy bien a la falta de agua y al polvo. Por otro lado, cuando llueve, suele hacerlo de manera infrecuente y torrentosa, convirtiendo a los arenales en repentinos lodazales, que se convierten en trampas para hombres y camiones

Guzmán intenta mostrar el contraste entre los dos paisajes, el que el combatiente se imagina encontrándose todavía lejos del Chaco y luego el real. En Villamontes, escribe Guzmán, empieza “la interminable, la oceánica extensión enmarañando e inhóspita del Chaco Boreal”. A medida que los inexpertos soldados se van introduciendo en este territorio, “comienza a esfumarse de la imaginación esa idea de 'pradera' que teníamos los bolivianos respecto a ese territorio” (14). Asimismo, Guzmán destaca que en el Chaco no hay piedras, “ni grandes, ni pequeñas”, todo es arena, tampoco hay elevaciones ni puntos de referencia en el horizonte (35).

Volviendo a Céspedes, éste frecuentemente pinta al Chaco con tonos opacos; “bloque grisáceo”; “musgos parduscos”; “bosques de leños plomizos”; “siempre incoloro”; “se vislumbra un bulto inmóvil, vago como una mancha de pintura azulosa, sobre la tierra amarillenta”. Es interesante ver como el autor rehuye a nombrar el paisaje con colores completos, como si estuviera frente a colores poco familiares, extraños e imposibles de definir. Como Guzmán, también destaca la ausencia de piedras, que no existen ni para poder dar muerte a un hombre. El Chaco es una “tierra puerca”.

Para dos de los narradores, Augusto Guzmán y Augusto Céspedes, el paisaje se constituye en un tema capital del que no pueden sustraerse. Es en este aspecto, en el de la descripción, que estos libros tienen un alto grado de belleza; en tanto que en *Repete* de Jesús Lara, la problemática social y política absorbe el interés de las narraciones, desplazando la valoración del paisaje y la naturaleza a un plano secundario, aún así, no duda en describir brevemente al Chaco como “el bosque miserable que nunca conoció la primavera” (177).

Este interés por contar la naturaleza, por describirla, demuestra cuán nuevo y desconocido resultaba este paisaje para estos escritores, para los combatientes y también para muchos otros bolivianos para quienes el Chaco, hasta antes de la guerra, sólo significó una región sin referente en el mapa.

En contraste a este escenario plagado de imágenes agresivas y sombrías, se erige el recuerdo de la tierra dejada atrás y que llega a conformar y completar el imaginario del paisaje boliviano.

La mística de la tierra

De las obras literarias publicadas después de la Guerra del Chaco, muy pocas fueron escritas por habitantes de los llanos, sino hasta muchos años después; es decir, por habitantes de los departamentos de Santa Cruz, del Beni y del entonces Territorio de Colonias, hoy el departamento de Pando. Es por eso que el paisaje representado en las obras estudiadas, añora siempre a un paisaje bucólico de montañas y de valles, de “molles y alfalfaes”, de referencias y de puntos fijos en el horizonte. Desde esas visiones, Bolivia se constituye en un país andino excluyendo otros imaginarios de lo boliviano, otras maneras de sentir de sus habitantes respecto a la guerra. Estos autores utilizarán la analogía de identificar al combatiente boliviano con su ambiente natural, es decir, los Andes, para construir su concepción de nación.

Mencionamos anteriormente que la uniformidad del terreno, su avaricia, hace que los soldados vean al Chaco como un lugar que no es suyo, como un lugar de destierro, del cual buscan evadirse al menos en sus pensamientos. En ese espacio es donde cobra sentido y donde se representa la imagen de la patria.

Si bien Jesús Lara, en *Repete*, había evitado la descripción del paisaje chaqueño, es él quien evoca con más fuerza el paisaje nativo, un paisaje pastoril, de suaves contrastes y colinas, es el paisaje fértil lleno de huertos y haciendas de la campiña cochabambina, también poblado de gente pacífica y trabajadora, del indio quechua, al cual nos referiremos después.

Augusto Guzmán, aunque no tan frecuentemente como Lara, también vuelve con la imaginación al terruño. En sus comparaciones y contrastes atrae elementos de la tierra nativa. Esos elementos, uno a uno, también llegan a ser parte de ese paisaje boliviano que estos libros están formando: “el pajonal es una arboleda nueva, como si una columna de molles oriundos de los valles de Cochabamba se hubiera venido en busca de su gente migratoria empeñada en la pelea” (91).

En los cuentos de *Sangre de mestizo* los recuerdos también juegan un papel importante, pero Céspedes cambia el tono nostálgico usado por Guzmán y Lara, para adoptar un tono de rabia y de reproche a uno mismo, preguntándose las razones para estar allí, por estar muriendo en un lugar tan alejado de la patria: “ Mi vida antigua, los mil años que me separan de mi terruño, dormido en las faldas de la montaña, mi madre, mi hermana, y mi hermana, y mis terribles dolores de la campaña, todo eso, ¿existe acaso ahora?” (110).

De estos libros y de estas citas se infiere ya dos características de la naturaleza de los bolivianos: uno como unos seres pacíficos no aptos para la batalla y para la guerra y, además, el de estar atados a una tierra de montañas que determina sus características y costumbres.

Estas visiones homogéneas del combatiente boliviano o del boliviano en general parecen ser una continuación del prejuicio colonial hacia los indios y que ahora parece generalizarse hacia al componente mestizo boliviano de la contienda chaqueña. Ante la extrañeza de los primeros encuentros entre europeos e indios surge y la imposibilidad de entender a los

segundos, de acceder a sus códigos culturales, o interactuar comunicativamente con ellos y se prefiere calificarlos desde afuera de su estructura social, asociando su silencio y su parquedad, su firmeza y apego a la tierra a la inmensidad y firmeza de las montañas. Sin embargo, como lo hace notar Alberto Flores Galindo, aquella idea de un hombre andino homogéneo que parece ser recogida por los autores de estas obras, desconoce la diferencia, las rivalidades y la fragmentación que existe dentro de la propia región. Las visiones de una totalidad poblacional armónica y de rasgos comunes se convierten más bien en una historia imaginada, sobre todo deseada, por personas y pueblos esperanzados por afirmar una identidad nacional (314).

Es así que los autores de estas obras infieren que los Andes determina el carácter de los bolivianos, lo que viene a negar, o por lo menos minimizar, la naturaleza y la presencia de los otros bolivianos, de los habitantes de los llanos, de Santa Cruz, del Beni y de Pando. Aunque las obras estudiadas muestran una pluralidad de orígenes y procedencias de los combatientes bolivianos: potosinos, cochabambinos, vallegrandinos, camargueños, cruceños, también tienden a ignorar una pluralidad de identidades pues los autores enfatizan en que todos somos bolivianos y que de esa manera todos somos vistos por los combatientes paraguayos, como “bolis”. Así, otro tipo de características únicas se hallan invisibilizadas en favor de la unificación del país, de la formación de un individuo homogéneo y de un imaginario nacional.

Es por eso que continuamente se sobrevalorarán las imágenes montañosas, de la cordillera y sus ciudades por encima de las imágenes del llano. Por ejemplo, cuando Céspedes se

refiere a los trópicos bolivianos los describe como un lugar semisalvaje, lleno de “mil acechanzas para el honor y la dignidad”. A ese “ambiente turbio” Céspedes opone el paisaje diáfano de La Paz, que es además la urbe y civilización:

La Paz, pepita de cuarzo aurífero rodeada de un ventisquero del Illimani. Cabeza de alfiler prendido entre la capa plumiza del altiplano y la gola blanca de las montañas. En la madrugada, el Illimani se frota con toallas de nubes [...] Resplandecen las calles jorobazas, lomos de camellos cargados de edificios de piedra, y las avenidas de plátanos, lujosamente pavimentadas de granito amasado con sol, todo ello cerrado en la campana de cristal sin mancha de un cielo de añil, del mejor añil del mundo (50).

Se ve en esta cita que, a diferencia del Chaco, el cielo de La Paz sí tiene un color familiar, definido y completo y, además, se dice que es el mejor del mundo. Son colores que aportan certeza y seguridad al personaje de Céspedes antes que al desconcierto, el desamparo y la penitencia a la que se enfrenta frente al paisaje chaqueño.

De la misma manera, para Augusto Guzmán, el Illimani queda en su memoria como el símbolo claro, fresco e inamovible de su patria y que simbólicamente se opone al calor molesto del trópico:

La imagen de la ciudad púber, junto al prodigio geológico del Illimani, que ostenta obre sus hombros lujoso y albo sobrepelliz de Nuncio Apostólico, queda en mi memoria como una estampa fresca, que habré de evocarla en la sofocación del Chaco (10).

Primero Céspedes nos habla del “alma andina” y posteriormente Guzmán reconocerá la existencia de una “sensibilidad andina”, que pueden interpretarse también como el reconocimiento de la existencia de un sentido de pertenencia y de un carácter nacional que es compartido por los protagonistas y el resto de sus compañeros, una naturaleza que se opone y rechaza la geografía caliente los llanos. Frente a la extrañeza de las tierras calientes, Céspedes declarará: “la noche viene obstinada en dormir, pero la acosan las picaduras de múltiples gritos de animales [...] de voces exóticas para nosotros, para nuestros oídos pamperos y montañeses” (21 y en *Prisionero de guerra*, el protagonista de Guzmán también se siente también extrañado y ausente frente a la gran masa lenta y silenciosa del Río Paraguay puesto que nuestro compatriota “sólo sabe de la sonoridad torrentosa de nuestros ríos cordilleranos” (107). Guzmán también sugiere que, en el llano, el hombre de la montaña deja de ser fuerte y pierde su fuerza: “El soplo del río me quiebra como a una débil caña transplantada de los Andes al trópico” (208). Obsérvese que, a menudo, Guzmán y Céspedes utilizarán la primera persona del plural para generalizar su forma de sentir en el resto de sus compañeros.

En oposición a esa sensibilidad andina, Guzmán describe brevemente la naturaleza de los campesinos paraguayos a quienes los muestra como seres semisalvajes y casi nómadas:

Viven con poca ropa; les basta el tereré por comida y por bebida, cuando no pueden regalarse con un buen trozo de carne asada al rescoldo y sus mandiocas cocidas. No son constructivos ni aman el confort, por eso sus casas y sus muebles siempre son

provisionales, tienen la choza por casa y la hamaca por lecho. Su afición a la guerra puede ser inclinación ancestral (225).

Lara también hace notar el desprendimiento de los soldados paraguayos a los bienes materiales y se pregunta a sí mismo, si estos soldados tienen el hábito de andar sin traje o de dormir sobre la tierra (53); como Céspedes, que siente temor por las “hordas” de pilas que “aúllan” y espantan con sus primitivos “huija”, Lara también sentirá temor por aquellos “salvajes” que en cualquier momento pueden venirse encima (131).

Volviendo a Guzmán, es el quien hace notar una diferencia sumamente importante entre los indígenas bolivianos y los indígenas paraguayos, diferencia que a la postre, también incide en los resultados de la guerra. Los indígenas paraguayos sí se encuentran integrados y se reconocen en el Estado, “aman su país profundamente y por eso casi todas las canciones populares son canciones patrióticas” (226).

Para este autor, Villamontes, en 1935, es el lugar donde se libra la batalla final entre las dos naciones, “se trata de la batalla titánica entre los Andes y el Trópico”, dice él, una lucha que se hace en el límite de las jurisdicciones geográficas de ambas repúblicas (135). Es también una guerra entre el pacifismo de los Andes y la belicosidad propia de los trópicos.

Esta oposición de pacifismo y belicosidad de ambas regiones me parecen también una continuación de las visiones coloniales que se tienen de los habitantes de ambas regiones y que veían a los indígenas de la sierra como estoicos y sumisos mientras que los indígenas

del llano son vistos como aguerridos e indomables. Esto último queda grabado y repetido en el imaginario de los bolivianos modernos debido a que, antes de la conquista y en las primeras décadas de la colonia, tanto incas como españoles construyeron fuertes y puestos defensivos en el caso de los primeros y varias ciudades importantes y pueblos fronterizos, en el caso de los segundos, para protegerse de las continuas incursiones y ataques de las tribus chiriguanas de ascendencia guaraní¹³ sobre los valles cordilleranos. Estos fuertes y pueblos fueron construidos a lo largo de las últimas estribaciones de los Andes al sudeste del país (Arce, 28). De ahí que creo que Guzmán apela a esa memoria y a ese imaginario colectivo para juzgar a los habitantes de los Andes como pacíficos y a los habitantes del llano como belicosos.

Por otro lado, Guzmán, de la misma manera en que cree que la guerra ha hermanado a las distintas razas y clases sociales del país, cree también que la guerra, el cautiverio y la muerte han unido a las diferentes regiones y departamentos de Bolivia, que de la misma manera todos han muerto defendiendo a un mismo país y por tanto los regionalismos han perdido su sentido. Desde su sensibilidad cristiana propone un “espíritu de solidaridad impuesto entre todos los compañeros” (201). Aún así, un departamento como Santa Cruz es

¹³ Como prueba de la antigua tensión entre incas y aborígenes del oriente quedan los restos del fuerte de Samaipata, construido por los primeros y cuyo nombre en quechua significa ‘descanso en la altura’. Por otro lado, la ciudad de Santa Cruz, una de las más importantes de Bolivia e inicialmente fundada por los españoles en 1561, debido a las continuas incursiones y agresiones por parte de tribus selvícolas, tuvo que ser trasladada a su ubicación actual y refundada nuevamente en 1604. Entre 1574 y 1575 los españoles también fundaron la villa de Tarija y otros pueblos menos importantes con el propósito de asegurar un puesto fronterizo que contuviera la amenaza chiriguana (Arce, 29).

considerado un “distrito incipiente” a la espera del desarrollo y el Paraguay es calificado como un “estado casi silvestre”.

El llano y sus habitantes no son reconocidos en su identidad, en sus peculiaridades que de muchas maneras se diferencian de las características de la región andina, en la música, el aspecto, el carácter y las costumbres de su gente. Céspedes, Lara y Guzmán, consciente o inconscientemente, como se dijo anteriormente, prefirieron ignorar las diferencias en favor de la formación de un imaginario y un sujeto nacional. El llano se convirtió en una región casi inhabitada, en espera de ser colonizada, desarrollada e integrada a Bolivia por los habitantes del oeste del país.

Estos autores no se dan cuenta de la contradicción y paradoja que significa proclamar a Bolivia como una nación solamente andina y a sus habitantes determinados por aquella geografía de montañas, cuando la guerra misma se encuentra movilizand o otros sentimientos étnicos, otras conciencias y proyectos regionales que no se ven reflejados en estos libros, como las del departamento de Santa Cruz que, a decir de ciertos autores, a partir de la década de los treinta, se encuentra fortalecido como proveedor de ganado vacuno y de productos agrícolas destinados al ejército y al norte argentino y por la creciente importancia adquirida en materia hidrocarburífera (Sandoval, 162). Además, debido a la guerra, el departamento cruceño inicia un proceso acelerado de comunicación caminera con el resto del país y con el mundo. Después del conflicto chaqueño, los combatientes y prisioneros cruceños vuelven a su tierra con intenciones más claras de cómo gravitar económica, política y culturalmente en el futuro del país.

A pesar de esa contradicción estos autores continúan identificando y mitificando a la población de una nación con la cordillera de los Andes, y que ésta se relaciona a una subjetividad boliviana de tipo andina.

La lengua, la música y la coca

Estas tres características que se relacionan estrechamente entre sí también se encuentran en menor o mayor medida en estas tres obras y, es así, que vienen a reforzar la naturaleza e identidad del combatiente boliviano mestizo afincado en una herencia india y que baja de las montañas.

Continuamente el castellano se mezcla con palabras de los idiomas nativos, con modismos, apodos y sobrenombres que vienen de esas lenguas. Los combatientes bolivianos parecen pasar muy cómodamente de un idioma al otro. Además, el quechua casi siempre se mezcla con ciertos ritmos que remiten y transportan al combatiente de vuelta a la tierra. Eso ritmos nos hablan mas de una tradición indio-mestiza y popular, antes que de una herencia española y culta: “sabrosos wayñus y cuecas dulcísimos hicieron bullir en mi espíritu claras sabias primaverales” (Lara, 14); “Hubo en seguida otros wayñus y muchas cuecas. A ratos notaba que se me humedecías los ojos” (Lara, 254). Para Céspedes, la música se constituye en un símbolo inequívoco de la nacionalidad boliviana: “Una cueca...Una cueca boliviana. ¡Viva Bolivia! ¡Viva La Paz!” (Céspedes, 43).

Esa misma música (como el charango y la coca) en *Sangre de mestizos* es apropiada por los personajes mestizos de Céspedes: “Acompañados por el charango, sentados en el suelo cantaron”; “Después el pampino cantó solo, en quechua” (148). Las melodías interpretadas y el charango, instrumento andino hecho de la coraza de un *quirquinchu* o armadillo se convierten, ambos, en producto de la tierra, pues son capaces dar forma a las imágenes lejanas y de transportar al combatiente de vuelta al valle cochabambino: “Mi interlocutor se pone a silbar un wayñu. Luego ve un charango que lleva un soldado que va con nosotros; se lo arrebató, lo templó y se deleita con un aire que seguramente le evoca dulces recuerdos” (91-92). Lara hace referencia constante al sonido casi mágico de este instrumento:

El charango y la luna son como dos novios que se completan y se transfiguran, aquí en la línea de fuego, en una sola bella armonía de amor y de eternidad (148).

Los charangos comienzan a verter la dulzura de su melodía, que parece caer como hilo de agua pura en el vaso níveo de la noche. Los muchachos cantan. Los wayñus se diluyen en la blanca sonrisa de la luna (149).

Es interesante hacer notar que Lara y Céspedes no siempre ofrecen traducción de las canciones y diálogos presentados en quechua, lo que hace pensar que sus obras estaban dirigidas a un lector medianamente conocedor de estas lenguas. Augusto Guzmán, por su parte, intenta mostrar el plurilingüismo existente en Bolivia: “Los moribundos exhalan el último suspiro, exclamando en castellano, en quichua o en aymará” (222). El mestizo es capaz de entender y expresarse en los idiomas indígenas, pero el indio, muy a menudo es

incapaz de entender y expresarse en castellano y es por eso que sólo logra comunicarse con parte de la tropa.

En cuanto a la coca como elemento identitario, ésta también es apropiada por los personajes indios y mestizos de Guzmán, de Céspedes y de Lara y que hacen de la hoja y el *pijchu*¹⁴, una práctica milagrosa que devuelve el vigor a los soldados, además de una “firmeza de cumbre en las voluntades”. Nuevamente vemos que la voluntad del hombre se asocia con la inamovilidad de la montaña.

En sus páginas, Lara de manera sutil y tal vez de manera inconsciente recupera parte de la importancia y la simbología que las hojas de coca tienen para las culturas originarias del país, para empezar, porque su consumo se relaciona con la necesidad de trabajar duro y el hecho de haber alcanzado la madurez. Márquez Alba da cuenta que para los grupos indígenas, el acto del acullicar¹⁵ representa un momento de esparcimiento, comunión y diálogo con los demás y que el acto de compartir las hojas, aún en la escasez, representa una señal de profunda amistad (10) y es por eso que Lara, a pesar de ver en la coca un tesoro muy preciado, la ofrece a sus compañeros durante una penosa marcha: “ Vacilé temeroso de que se me vaciara la bolsa antes de tiempo y a cada uno le di un puñado muy medido” (Lara, 283).

¹⁴ Montón de hojas de coca que se colocan en la boca para formar un bolo en el carrillo.

¹⁵ Termino derivado del verbo aymará “Akhulliña”, descrito en castellano como “mascar”.

Los soldados, los *repetes* y los mestizos de estas obras mastican coca y Lara toma claro partido en favor de su consumo¹⁶ como un símbolo más de la nación y que se opone a los prejuicios de las clases altas y europeizadas que, continuando con una herencia colonial, desprecian a la planta, ya sea por ser un vestigio de prácticas idólatras o por considerar que su uso no es más que una costumbre primitiva y además pernicioso para las personas (Golden Mortimer, 1974).

La coca, acompañada “sin omitir el correspondiente trozo de *llujta*¹⁷”, se convierte también en un símbolo de la resistencia de toda la nación en contra de la opresión, significado que parece asociarse a la larga utilidad de esta planta en la historia boliviana y latinoamericana, ya desde la conquista española y a través de su uso masivo en los campos de cultivo y en las minas de la colonia y de la república como una forma de incrementar la resistencia física y moral de los indígenas en condiciones extremas de trabajo y opresión. Con la coca, *repetes* y soldados bolivianos estarán capacitados para resistir el castigo de sus nuevos opresores, el Estado y ciertos sectores de la oficialidad del ejército,

¹⁶ Lara se inserta en las discusiones sobre los prejuicios o la utilidades de las hojas de coca que fueron de gran actualidad durante la década de los 20 y hasta antes de la guerra debido a que en esos años, La Sociedad de Propietarios de Yungas (SPY) y el gobierno boliviano por medio de sus representantes diplomáticos se vieron involucrados en la defensa de la coca ante la recién creada Liga de las Naciones que había dado a las hojas el calificativo de “estupefactivos”. A partir de la Segunda Convención del Opio, en 1925, estaban en el aire propuestas para una legislación internacional destinada a reducir el consumo y el tráfico de estupefacientes y por consiguiente para abandonar los cultivos de coca, lo que también reduciría los impuestos tributados al Estado por parte de sus productores. Hasta antes de la Guerra, la SPY desarrolló una intensa campaña de propaganda en favor del uso tradicional de la coca con la publicación de folletos e información que circularon en el país en aquellos años. (Márquez Alba, 5)

¹⁷ Sustancia alcalina confeccionada con cenizas de una variedad de especies vegetales.

la dureza de la guerra y la fiereza de sus enemigos. Serán capaces también de sobreponerse de sus derrotas. La coca es además un talismán¹⁸ de un buen augurio:

miden sus energías por la cantidad de coca que palpan en sus bolsas. Mientras tengan unas hojas con que hinchar los carrillos, siempre podrán derrochar energías en las jornadas interminables y nunca desfallecerán (272).

Es muy posible que Lara, Céspedes y Guzmán hayan sido testigos del uso diverso y generalizado de las hojas de coca en el frente de batalla, especialmente por parte de los grupos indígenas combatientes. Sin embargo no pudieron observar o no pudieron entender todas sus implicaciones y significados de la hoja dentro de aquellas culturas y que va más allá del hábito y del uso cotidiano. De esa manera, para ellos, el uso de la coca se convierte en un símbolo más de la bolivianidad, en un acto más de identidad y su apropiación, junto con las lenguas nativas, se convierte más bien en un intento por distanciarse de los combatientes paraguayos, quienes, a diferencia de los bolivianos, toman *tereré*, una especie de infusión que se toma fría y además hablan el guaraní.

Estos autores no mencionan otros usos frecuentes de esta planta, sobre todo los medicinales, pero también sus cualidades adivinatorias, su capacidad de avisar sobre asuntos distantes, de penetrar en las cosas ocultas y de crear lazos con el mundo de los difuntos y de los

¹⁸ Dentro de los grupos indígenas y campesinos de Bolivia es práctica común mascar coca en velorios, cementerios, en la fiesta de Todos Santos y en las noches de martes y viernes, días dedicados al culto de los espíritus terrestres y las brujerías. Asimismo, entre los mineros de Potosí es costumbre reunirse todos los viernes a mascar hojas de coca y ofrendarlas a las divinidades de la mina. Si uno hace esto, ninguna fatalidad le ocurrirá (Márquez Alba, 9). Para Lara, la coca continúa siendo un talismán de protección aunque las fuentes de daño y de maldad dejan de tener un origen paranormal, ya que más bien se encuentran en la guerra, en el enemigo, en la antinación.

ancestros, como una forma de comunicarse con los que se quedaron atrás, como una forma de vuelta de los ancestros para aconsejar a los vivos, también como una forma de todavía relacionarse con sus comarcas y sus divinidades; usos frecuentes, especialmente entre los sectores indígenas del país y que sin embargo no fueron recogidos, o no quisieron ser recogidos por estos autores, ya sea por ignorancia, por interés o desinterés o por su incapacidad de dialogar con el otro, de ver al otro desde fuera de sus proyectos políticos y sociales, a los cuales buscaban dar forma y sustentar.

Capítulo III

Los ríos profundos

Las imágenes de indio

El proyecto nacionalista de estas obras también tiene su componente racial, cual es reconocer la influencia indígena en la conformación del imaginario nacional y también reconocer al indígena como el ancestro de los nuevos sujetos mestizos quienes se convierten en herederos de sus mejores cualidades. La visión que estos autores tienen de los indios varía grandemente de uno al otro, pero en líneas generales asistimos a una continuación de las corrientes indigenistas de la época, a una idealización de las virtudes indígenas por sobre sus posibles defectos.

Augusto Guzmán conserva una actitud misionera y paternalista pues reproduce en muchos casos los prejuicios que clases altas y tradicionales tienen de los indios. Es sin duda una visión externa que no se preocupa en darle la voz al indígena, asumiendo que no tienen una, pero, como ya lo hizo notar Cornejo Polar: “es obvio que si habla, con los suyos y con su mundo, y segundo porque lo que en realidad sucede es que los no subalternos¹⁹ no tenemos oídos para escucharlo, salvo cuando trasladamos su palabra al espacio de nuestra consuetudinaria estrategia decodificadora” (Cornejo Polar, Sobre literatura 119).

En palabras de Guzmán, el indígena conserva un “alma milenaria, estática y muda”, un “racial hermetismo”, un “congénito retraimiento y además está “embrutecido”. Lo rescatable de esta obra es que a pesar de esto, Guzmán busca crear una conciencia del sufrimiento y el sacrificio del indígena por el país, en favor de un mejor trato y protección hacia ellos en un futuro no distante. Además se opone a otro tipo de prejuicios, pues supera el miedo ancestral del blanco que ve al indio como traicionero y cruel y por el contrario no ve en ellos maldad alguna, cobardía o deseos de venganza, es más bien una imagen de completa bondad.

¹⁹ Utilizamos esta categoría para referirnos a los “marginados” de la sociedad por motivos raciales, culturales o de género. Son los subordinados a otros grupos dentro de las relaciones de poder. La discriminación o explotación de los grupos subalternos se justifica y legitima en el imaginario y los discursos con signos de inferioridad y subordinación en condiciones históricas específicas.

Los indígenas pueden ser capaces de una “compasión cariñosa”, y de hermanarse con los demás bolivianos en aquellas situaciones difíciles. Es por eso que el alma cristiana²⁰ y “superior” de Guzmán, buscará ofrecer consuelo a los balbuceantes “indiecitos” en su infortunio:

- Buinos días, compañeritus, ¿no dici nada de la Bolivia?
- Ya nos vamos a ir hijo; ten paciencia.
- Ojalas, puis, nus vayamos” (165).

Por su parte, en *Repete*, Jesús Lara constantemente denuncia el estado de abandono de los indígenas, quienes, junto con el obrero, son los verdaderos combatientes de la guerra. Lara señala su desnudez, su sub-alimentación y todo el desprecio al que son sometidos. El indio no es un hombre en toda la extensión de la palabra, solamente otro capital prescindible de la guerra, sin nombre y sin lápida, peor aún, sin reconocimiento del país por el que muere:

Los pobres *repetes*²¹, cubiertos de tierra y de sudor, demacrados, espectrales, con los uniformes sucios y rotos, con los zapatos deshechos, confundidos con la miseria de la tierra en que se debaten, nos miran con la indiferencia [...] al coronel, quien a su vez no ve en todos estos seres ningún detalle exterior ni interior. Es que él ve únicamente al fusilero obligado a matar y morir en su puesto. No le interesa que estos indios necesiten cubrir su desnudez y alimentar un poco mejor su organismo (132).

²⁰ En algunos pasajes Guzmán apelará a la espiritualidad de los hombres y ante la crueldad de la guerra se preguntara: “Cristianismo, cristiandad! ¿Dónde está tu fuerza?” (200).

²¹ Para Lara y Céspedes *repete* es sinónimo de indígena.

Esos seres desafortunados están obligados a pelear y a trabajar hasta extinguirse hasta que se haya obtenido de ellos sus últimas fuerzas: “Pobres indios hermanos, pobres indios que mueren con el último guijarro, con el último puñado de barro en la mano...” (Lara, 262).

Como vemos, para Lara, el indio es un “hermano”, quien como él mismo y como los demás que vieron la línea de fuego no se merece el maltrato ni ser despreciados ni menospreciados por nadie, mucho menos por aquellos que se refugian en las ciudades o puestos de retaguardia. Lara los muestra como seres valientes, sobre todo sensibles, que pueden ser humildes, pueden ser sumisos, sumamente ingenuos, pero como Guzmán tampoco piensa que sean de una naturaleza malvada o vengativa. A pesar de la crueldad de la guerra, son depositarios de cordialidad y solidaridad para sus compañeros. En *Repete*, las palabras de los indios, cuando hablan, reproducen estas mismas visiones que resaltan su valor y compañerismo: “Is muy frigau il curunel Cuito. Bandiru is. Imbuscau. Nu cunuci liña foigo. Cubardi. Burrachu. Para frigar suldaus, ¡uy, tatita! Cumu turu cubardi.” (96).

De acuerdo con la narración de Lara, el indígena es capaz de confundir uniformes, inclusive batallones, pues rara vez entiende bien contra quién se pelea, quiénes son los pilas o por qué se pelea. El indígena no es conciente del elevado concepto de patriotismo, ni se siente integrado a un país que se llama Bolivia, pero sí es capaz de entender la bondad y maldad de los hombres, sean estos bolivianos o paraguayos:

El (el indígena) no esperaba encontrar gente tan mala. Su cabo es un santo al lado de esos bandidos....

— ¿No te diste cuenta de que eran pilas?

— ¿Pilas? —gritó abriendo los ojos en un extraño gesto de estupor. — Con razón me torturaron tanto (Lara, 296-297).

Lara destaca las cualidades intrínsecas de los indígenas, cualidades que permanecen a pesar de sus sufrimientos y así se opone a creencias generalizadas antes y durante la guerra que gustan de culpar de las derrotas del ejército boliviano a la inutilidad del soldado boliviano:

Una derrota más, un nuevo baldón para el soldado. “La tropa no responde”. “El soldado se corre” dirán en su descargo los altos jefes. ¿Quién ha de cargar, sino el soldado con las responsabilidades de un desastre (84).

Repete muestra a un indígena inteligente, vivaz, capaz de aprender y mostrar valor ante cualquier persona. Ser “Repete”, significa tener un alto grado de dignidad y hombría y así el indio es capaz de reclamarle valor al resto de sus compañeros, inclusive al mismo Lara:

“- ¡Mi Sargintu, nu te atufes! !Nu hay tiempu !

— Cállate, Carajo! — le increpé indignado sin interrumpir mi labor.

— ¿Me ves temblar? (63).

Una tarde se presentó jadeante y tembloroso de miedo, a horcajadas en un caballo....Era un oficial de retaguardia.

— ¡Casi me truena el corazón! ¡He llegado apenas, venciendo mil peligros! ¡Los pilas²² me pisaban los talones....!

²² Pila era el nombre dado el combatiente paraguayo y deviene de la forma inicial en que fueron conocidos en Bolivia como “pata pilas” o pies descalzos.

- ¿Qué tiene usted?
- Mal del corazón....
- Un repete avitaminoso que se arrastraba cerca, masculló:
- Pilitis...Cojoro.... (229).

Muy cerca al final de su libro, Lara es muy sugerente al indicar que el indígena no es pasivo, ni tampoco es incapaz de empuñar las armas y rechazar a sus opresores, es también capaz de decidir, pero necesita de alguien que lo guíe y lo dirija, tal vez la clase mestiza declarada ya como su hermana:

- El zapador no quiso volver a su unidad.
- Me hacen sufrir mucho — dijo en su quichua sencillo e ingenuo.
- Denme un fusil y enséñenme a tirar. Quiero combatir (297).

El proyecto de Céspedes

Para Augusto Céspedes el indígena se convierte también en un “hermano” cuya muerte y sacrificio le es imposible olvidar. Ciertas características de la cultura indígena se hallan ya asimiladas por la clase mestiza, protagonista de sus cuentos.

En el poema “Terciana muda” Céspedes habla del Chaco como un “país insepulto”, que vuelve y regresa con todas sus imágenes de muerte, de guerra y desolación, como una espina enterrada en su memoria. Una de las imágenes que vuelve es la del indio muerto, un sacrificio que el autor no puede olvidar y que el resto de los bolivianos no debe olvidar,

porque los indios son patria y son, a su vez, los hombres que fundaron la patria con su sangre:

te contemplo en el atlas de mis sueños
en mi patria clavado como un nardo
aunque florezca el cardo,
porque los indios desterrados de los Andes,
caídos debajo de tus árboles
en un otoño de uniformes
con sangre te regaron (9).

Es un reconocimiento que en la guerra no sucede, pues de acuerdo a Céspedes, los indígenas fueron simplemente utilizados e ignorados, fueron tan sólo una cifra más sin humanidad y sin nombre: “He destinado ocho zapadores para el trabajo. Pedraza, Hirusta, Chacón, el Cosñi y cuatro indios más” (24).

Céspedes nos ofrece maneras de entender al indígena y de hermanar esas maneras de sentir, al mismo modo de sentir mestizo. Indígenas y mestizos comparten una misma sensibilidad. En “Seis muertos en campaña” el autor nos cuenta la historia de un indio izquierdista²³, que arriesga su vida y finalmente muere en un intento desesperado por regresar al hogar. A primera vista, esto puede parecer un acto de cobardía y falta de compromiso con el país, pero, en un giro de la historia, Céspedes coloca al lector en los zapatos del indígena y al

²³ Combatiente que se infringe una herida en la mano izquierda para ser enviado a retaguardia. Descubiertos estos soldados, eran fusilados.

combatiente mestizo protagonista de “Seis muertos en campaña” en las mismas condiciones del indio.

El indio, en la historia de Céspedes, es fusilado sin mayor remordimiento, “para dar ejemplo a la tropa”, porque se duda de que sea hombre, aunque asustado de su propio pensamiento, el personaje mestizo de Céspedes después corrigiera: “un hombre... consciente” (111). Este personaje prosigue: “en el estado que está, es para lo único que sirve el indio” (111), aunque el lector no puede asegurar a cuál estado se refiere Céspedes, a su estado de retraimiento, al estado de humillación o al mismo Estado boliviano.

El indio muere “indiferente a su importancia dramática” aparentemente “ajeno y mudo” para el ojo accidentalizado y sin mayor trascendencia. Después de su ejecución, sus victimarios se reparten cigarrillos y vuelven a la línea. Pero poco después las circunstancias de la guerra cambian y uno de los victimarios se convierte en víctima al caer prisionero de los paraguayos.

En “Seis muertos en campaña”, Céspedes describe los detalles más salvajes, más crueles de la guerra, las muertes más horrosas, tanto de indios como de mestizos que mueren igual o peor que un perro sarnoso. Frente a eso, también muestra lo iluso o patético que resulta tratar de blanquearse o acercarse a esa cultura decadente que los niega. Los hospitales han igualado a todos los hombres a la misma condición y a su vez la guerra los ha hecho mejores:

– ¡ Adentro! ¡indio!

– Yo no soy indio. Es cierto que soy hijo natural de una chola, pero mi padre era un caballero decente de Tarata, que tenía bufete de abogado y cantina. No soy indio, pero humillado como un perro, entro al galpón de enfermos (103).

Paradójicamente, aunque en este interno el mestizo intenta blanquearse y desconocer sus orígenes indígenas, el cuento de Céspedes nos aporta suficientes indicios para indicarnos de que aquello es un intento forzado y artificial. Por ejemplo, antes de caer en cautiverio, se ve que el sargento Cruz habla y domina el quechua.

Lentamente y sin ser conciente de aquello, el mestizo cautivo reproduce ante sus captores el mismo comportamiento mostrado anteriormente por el indio ejecutado, sufre un largo destierro y la larga agonía de su cuerpo, además de una continua humillación: “Ayer los pilas comían naranjas. Arrojaron las cáscaras y yo estuve meditando toda la noche en la manera de recogerlas sin que me vieran, para morderlas un poco. Pero me daba vergüenza” (127). Para sus adentros, pues no puede hacerlo de otro modo, clama por un poco más de humanidad que jamás llega. De pronto el mestizo y el indio comparten un mismo trágico final.

Como ahora entendemos sucedió con el indígena, este combatiente mestizo, poco a poco se apaga y va perdiendo la esperanza, la imagen de la tierra queda cada vez más lejana, casi inalcanzable, es por supuesto una patria de montañas. Sin la esperanza de regresar, la vida para él va perdiendo sentido, siente también el olvido de los suyos, el total abandono.

Como el indígena, el sargento Cruz muere en completo retraimiento y alegría, tiene también “la angustia de la guerra [...] no se da cuenta de nada” (111). Es casi un éxtasis y la muerte viene a él como una liberación a todos sus sufrimientos, es también una forma de regresar a la tierra: “¿Qué pasa? ¿Por qué tanta alegría?... ¡Nunca tuvo el Paraguay esta luz suave de mi tierra que ahora penetra el farol japonés de mi cuerpo transparente! Puedo verme latir el corazón. ¿La paz? ¿La muerte?” (127). De esta manera, Céspedes nos ofrece un marco de comprensión a algunas de las actitudes mostradas por los indígenas durante la guerra.

Más importante que la referencia muchas veces tangencial que Céspedes hace de los indígenas, es su referencia a los mestizos, clase que pretende unificar y dotarle de una conciencia política. Céspedes piensa o quiere pensar que ser mestizo es ya la característica de los bolivianos, la esencia de la bolivianidad, y al mismo tiempo, el mestizaje es el camino natural de evolución de los indígenas, a quienes no muestra en su subjetividad. El mestizo debe reconocer y apropiarse de esos orígenes.

Desde temprano, de la misma manera que Jesús Lara, Céspedes siente el menosprecio de los otros hacia sí mismo por ser mestizo y hacia los indígenas por ser simples “repetes”. De manera más evidente, nos muestra una sociedad racialmente estratificada, que insulta y califica con los adjetivos de “indio”, “cholos brutos que andan deteniendo al género humano”, “aindiado”; además, es una sociedad que controla el ascenso social de estos grupos. Aun así, los protagonistas de los cuentos de Céspedes poseen una “bizarria mestiza” que los hace “hombres de sí mismos”. Céspedes busca evidenciar el origen

indígena de sus personajes llamándolos por su nombre “Paucara”, “Sirpa” y describiéndolos tal y como son y al mismo tiempo asemejándolos a la parca y dura geografía andina:

cara acaballada, de perfil duro en que todos los relieves: entrecejo, nariz curva y mentón, igualmente pronunciados, alcanzaban el mismo plano, labios delgados y cabello duro como la paja brava [...] Era feo, silencioso y de enorme dentadura [...] Su color cobrizo se acusaba escandalosamente en el uniforme blanco, sobre el que contrastaban la negrura de su rostro y de sus manos (40).

una solidez muscular mayormente destacada por su estatura mediana. Un gestillo de suficiencia insolente le plegaba los labios y le hacía elevar los párpados inferiores curvándolos sobre las pupilas. Sus pómulos, muy elevados en el rostro, parecían siempre hinchados (152).

Tampoco niega su nacimiento: “de un mestizo y una chola”; “hijo natural de una chola”. Con esto Céspedes rehuye a la idealización romántica del mestizo que pretende embellecerlo y acercarlo a la blancura del ancestro español que ya no es visto por Céspedes como un modelo superior.

Céspedes hace del mestizo un ser desprendido de la cultura europeizante, a la cual la califica de traicionera y “decadente”. El mestizo no sabe de “galgos, de Mallarmés, ni de azules índigos”, pero sí sabe de otras cosas, “sabe de la guerra” y sus más duros sacrificios. Al igual que Lara, los muestra en el campo de batalla, como simples sargentos o suboficiales haciendo el trabajo duro, peleando y muriendo, mientras los de rango mayor, en la retaguardia, se llevan el crédito cuando hay victorias o bien gustan de culparlos cuando hay derrotas.

En “Humo de petróleo” el protagonista es nuevamente un mestizo que toca el charango, masca coca y habla el quechua, habla también un castellano muy boliviano, “liviano y limado por las eses”. El pampino es un ser valiente de “espíritu migratorio, aventurero y diastólico”, su vida se entrecruza con lo historia de la explotación capitalista de materias primas en Bolivia, donde el petróleo resulta ser el último capítulo. A pesar de esta vida aventuresca, el pampino como los otros protagonistas de *Sangre de mestizos* muere sin saberse explotado por el capital, sin saber los verdaderos intereses detrás de una metralla paraguaya.

El “pampino” es descrito con todas sus virtudes y también con todos los defectos por los cuales el mestizo ha sido históricamente denostado: petulancia, mentira, hurto (aunque un hurto a los poderosos) y creador de un “mundo ilusorio de embustes”. Céspedes atribuye estos defectos a la frustración del mestizo al ser aprisionado a ciertos oficios sombríos como el de la minería.

Como el indio en los valles o el gran altiplano, el mestizo, inconscientemente tiende a buscar amplios horizontes, “extensiones oceánicas”, pero a diferencia de los indios, el espíritu indomable y aventurero de los mestizos es capaz de guiarlos muy lejos, a las costas presentidas. Encuentro aquí el deseo de Céspedes de que este espíritu, esta energía nacional que el vislumbra en el mestizo, sea capaz de guiar a Bolivia de regreso hacia las costas del Pacífico²⁴, hacia su redención como país. Pero el Chaco no es el paisaje abierto y amplio

²⁴ Bolivia perdió su acceso a la costa al perder la llamada Guerra del Pacífico en favor de Chile en 1879-1880

añorado por el mestizo, es más bien un “trayecto semisubterráneo”, una trampa de arena y lodo que tiende a enterrar a los hombres en vida.

Aunque Céspedes endilga al mestizo los defectos ya mencionados, también pone las cosas en su lugar; el pampino es alguien que no huye del trabajo y de la guerra, que no le teme a la muerte, ni le quita el cuerpo al bulto, que no huye de sus obligaciones para con su patria y que finalmente muere por ella en actos heroicos, a la vez que inútiles. La tragedia del mestizo es haber vivido ciego, ajeno a sus explotadores y morir sin comprender los verdaderos intereses detrás de la guerra. Así, en el libro, le pide mayor conciencia política o pretende otorgarle una. Es por eso que en sus cuentos apuntará claramente a los enemigos de la nación.

El espejo de Tamayo

Muchas de las visiones socialistas y de tipo anti-imperialistas de estas obras le deben mucho a la obra de pensadores tales como Tristan Marof (Gustavo Navarro) o Carlos Mariátegui, pero la consolidación del mestizo como sujeto nacional y como portador de la energía y el carácter de la nación le debe mucho al pensamiento de Franz Tamayo (1879-1955). Los autores de la Guerra del Chaco retoman la idea del carácter nacional que se funda en la tierra y la raza pues de acuerdo a Tamayo, el carácter nacional se refleja en las costumbres, que tienen por fuente estos dos lugares. En su intento por definir el carácter nacional de Bolivia, Tamayo anotará muchas de las características de indios y mestizos que posteriormente serán recogidas en las páginas de la literatura chaqueña.

El pensamiento de Tamayo no es posible entenderse sino en directa polémica con las ideas de otro pensador boliviano, Alcides Arguedas en las primeras décadas del siglo XX. Alcides Arguedas (1879-1946), miembro de una vieja oligarquía latifundista y blanca e inspirado en el positivismo europeo y en el racismo científico del argentino Carlos Bunge publicaría en 1909 el muy polémico libro *Pueblo enfermo*²⁵. En este libro fataliza la existencia de Bolivia desacreditando sin excepción a los indios, mestizos y blancos incapaces de introducirse a la modernidad por motivos raciales: el indio por ser un elemento muerto y retrógrado, el mestizo por ser una degeneración del cruce de las razas y el blanco por ser un parásito de los dos primeros y además un copista mediocre de la cultura europea. La nación, no podía ser nación dadas sus condiciones raciales:

De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral, y estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente (37).

Como lo hace notar Josefa Salmón, Arguedas nos muestra su etnocentrismo occidentalizado al oponer a indios y mestizos a su ideal de civilización, identificado en lo blanco y europeo (63).

En contra de sus ideas escribiría Franz Tamayo (1879-1955), mestizo él mismo, tendría mucha más influencia en la formación del proyecto del mestizaje como proyecto de identidad colectiva de la nación boliviana. En 1909 Tamayo responde a Arguedas en una

²⁵ Arguedas, Alcides *Pueblo enfermo*, La Paz, Editorial Juventud, 1982.

serie de artículos periodísticos que luego se convertirían en su libro *Creación de la pedagogía nacional*²⁶. Allí, Tamayo elucubra la posibilidad de lograr un mestizaje ideal cuya esencia sea por un lado la voluntad, la moral y fortaleza física superior del indígena, su capacidad de permanecer invariable a través del tiempo y, por el otro lado, una inteligencia mestiza vivaz que se despierta con el cruce de la sangre india con la sangre europea, inteligencia desordenada, pero inteligencia al fin.

Tamayo creía que toda moralidad y voluntad superior del indígena tenía como base su superioridad física que proviene de su adaptación milenaria al medio ambiente y de una vida austera y de privaciones. La superioridad física del indígena y del mestizo queda por demás demostrada en la literatura chaqueña que busca en contrapartida representar la pobreza física y moral de los personajes blancos y europeizados²⁷.

En cuanto al mestizo, algunas de sus características anotadas ya por Franz Tamayo, como la de su inteligencia desordenada, es también utilizada por Céspedes para crear a uno de sus

²⁶ Tamayo, Franz. *Creación de la pedagogía nacional*. La Paz, Editoriales de El Diario. Imprenta Velarde, 1910.

²⁷La idea de la superioridad física y moral de indios y mestizos de Tamayo es recogida por los autores del conflicto chaqueño. Por ejemplo, algunos de los personajes indios de Lara, como Pablo Cuyo poseen “la piel de bronce y las espaldas de titán. Por su parte, Céspedes combate los prejuicios raciales sobre la superioridad física y moral del individuo blanco y europeo, argumentos que se utilizaron por los grupos gobernantes para mantenerse en el poder. Por un lado, sus personajes indígenas y mestizos también poseen una condición física envidiable, mientras que los blancos son ridiculizados por ser terriblemente débiles. La corrupción moral se refleja en su corrupción física: “Era un joven pequeño [...] con la palidez del rostro cuyos pómulos flacos, amarillentos y brillosos, parecían frotados con pomada (64); “las manos de un petimetre lívido, manos que no llega la sangre avergonzada”(66); “el petimetre tiene los riñones de cristal y probablemente toda una metrópoli de bacilos de Koch aposentados en un pulmón [...] correría el peligro de desprenderse del caballo como igual que la ceniza de un cigarrillo” (66).

personajes, el “pampino” , en su cuento “Humo de petróleo” que, a diferencia de los otros personajes mestizos de Céspedes, es el único que carece de una educación letrada y es por eso que probablemente posee una imaginación incontrolable, un carácter irascible y espíritu aventurero. Sin embargo, otros personajes educados como Sirpa en “La coronela” o el teniente Paucara en “La paraguaya” son capaces de vencer sus impulsos y pasiones primarias para cumplir primero con la patria.

Tamayo habla de acercar al indígena a la modernidad por medio de la educación, la enseñanza del español y el mestizaje. Al mismo tiempo pide educar al blanco para que entendiese al indio. De esa manera Tamayo trata de destruir todo prejuicio y determinismo puramente racial, que aislaba lo que era indio de lo que no lo era. ¿No es eso lo que intenta Céspedes en “Seis muertos en campaña”, poner al mestizo en la situación del indio, en las mismas condiciones de incomunicación?

En las obras estudiadas vemos que si bien los mestizos son capaces de entender a los indígenas en su lengua materna, estos últimos son incapaces de comunicarse en español. Una carencia anteriormente apuntada por Tamayo (37). Esta capacidad del mestizo de entender al indígena también lo convierte en el sujeto encargado de interpretar y sacar a los indios de su estado de postración mejorando sus condiciones de vida.

Tamayo reconoce que los indios no piensan a la manera del racionalismo occidental, pero no lo atribuye solamente a causas puramente raciales o genéticas como lo había hecho, años atrás, el argentino Octavio Bunge en *Nuestra América*. Para Tamayo existen también otras

causas para ese pensar diferente y una de estas son los 400 años de explotación y dominación, además de razones económico-sociales y educativas, y aquello es ya un gran avance puesto que reconoce el aislamiento, la explotación, el abandono al que fueron sometidos aquellos sectores y la falta de procesos de integración nacional. Aún así, y a pesar del reconocimiento del indio como parte de la nación y de la identificación positiva que hace Tamayo de algunas de sus características, persisten en él las grandes generalizaciones externas, los estereotipos europeos que hacen ver a los indígenas como una gran homogeneidad racial y biológica, iguales tanto en su físico como en su carácter. Cree Tamayo que su conocimiento del indio es completo y profundo y por tanto, inequívoco, que la identidad que les asigna es un hecho racial indeleble, algo evidente para un buen observador y no una construcción cultural externa como la que él practica. Así, sus prejuicios esencializan la diferencia, sin reconocer la individualidad de las personas y sus procesos de resistencia. Estas generalizaciones se ajustan a los proyectos de sujeto y de nación que el propio Tamayo busca que se lleven a cabo en el país.

Al encontrar en el indígena la esencia de lo nacional, Tamayo lo identifica como lo primitivo, como lo que debe cambiar y desarrollarse desde su matriz positiva de particularidades indígenas, aún así, deben desaparecer. De esa manera es incapaz de aceptar las realidades diferentes y paralelas a las que se viven en las ciudades abiertas a la técnica y la cultura del mundo europeo y tampoco acepta otro tipo de progreso y evolución diferente al mestizo que él propone.

A pesar de todo aquello y a la manera de las obras indigenistas de la época o del mismo *Facundo* de Sarmiento, Tamayo redescubre ese elemento de lo bárbaro, de lo primitivo que puede apuntalar o servir de base a un carácter nacional boliviano, aunque sabe que esa esencia ya está en gran parte corrompida por una educación defectuosa y europea, y es por eso que la esencia indígena es negada por el mestizo. Por tanto, Tamayo les pide a los bolivianos que se reeduchen para reconocer y rescatar el elemento autóctono del país, los atributos del indio que otorgan unidad e identidad a los bolivianos, para abandonar los prejuicios raciales en su contra y que nos impiden ver lo auténtico que existe en nosotros mismos.

Es así que, desde los escritos de Tamayo, los personajes mestizos de Lara, de Guzmán y de Céspedes comparten la filiación del indio con la tierra. El combatiente nacional es un resultado de la tierra y ésta florece en su carácter. Tamayo en 1909 adelantaba:

La raza en cierto sentido es el producto del medio. Para penetrar en aquella hay que entrar en este; y es la cosa más extraña y admirable cómo se vuelve a encontrar la misma tierra hecha hombre y raza. El alma de la tierra pasa a ésta (la raza) con toda su grandeza, su soledad, que a veces parece desolación, y su fundamental sufrimiento. Lo mismo que ese altiplano, el alma humana está como amurallada de montañas y es impenetrable e inaccesible. [...] El aislamiento continuo obliga a vivir en sí mismo y para sí mismo (88).

Es la conducta que encontramos en los indígenas y principalmente en los mestizos de los libros estudiados que son hechos para sí mismos y algunas veces también, como lo indica Céspedes “orientados hacia adentro”, contenidos y amurallados en sí mismos. La naturaleza

“había hecho a los árboles, a los lagartos y a los indios” (Céspedes, 206) y el indio como la tierra emergían inevitablemente en el carácter mestizo.

En “la coronela”, dos oficiales mestizos conversan en un ambiente de virtual derrota y desesperanza. Ambos combatientes son concientes de que la muerte los espera, y lo más probable es que mueran. Uno de ellos se lamenta:

Vivir mucho tiempo es la única forma de llegar a General... Así es. Somos jefes de un ejército de muy mala suerte [...] No importa-respondió el capitán (Sirpa). Hay que contentarse con ser hombre para uno mismo” (Céspedes, 92).

Como dice Tamayo, estos hombres “no siempre están seguros de vencer, pero sí de no ser vencidos jamás” (95). Es también la misma idea recogida por Jesús Lara cuando piensa del combatiente boliviano como “un enemigo que, semejante al fénix mitológico, ha surgido más potente cada vez que se lo ha creído definitivamente anulado” (Lara, 52). La misma idea de la permanencia, de la inquebrantabilidad, de la resistencia y tenacidad de la raza propuesta por Tamayo (Tamayo, 97).

Arguedas declaraba que la manera de ser del indígena y su falta de participación en los procesos económicos resultaban una traba, un obstáculo para el progreso nacional y el mestizo por otro lado es retratado como un ser lleno de odio, de un resentimiento injustificado, incapaz de realizar cualquier proceso productivo. Pero Tamayo destaca la independencia individual del indio, que consiste en una capacidad de trabajo que los hace económicamente autosuficientes.

Céspedes, retoma el concepto tamayano de la autosuficiencia individual y de la moralidad del “carácter del indio” para aplicarla a su mestizo. Como Céspedes lo ve, la justa venganza del indio y del mestizo llegará como una reivindicación de la auténtica nación en contra la antinación. Franz Tamayo, Jesús Lara y Augusto Céspedes y Guzmán muestran la alta moralidad del indígena y por consiguiente de mestizos al verlos ausentes de toda “maldad radical”.

En el caso de Lara, la moralidad indígena es representada en una dignidad extrema mostrada en batalla, en su hombría en la línea de fuego, en una labor callada y sacrificada frente a la inmoralidad de los que conducen la guerra y los que se quedan en retaguardia, de los sectores del gobierno que se aprovechan de las circunstancias y del drama de un país para robar y lucrar. En la obra de Céspedes esta moralidad indígena es heredada por el mestizo como “un sentimiento profundo de justicia”, que debe primar y ser compartida con sus compañeros. Esta moralidad se demuestra, sobre todo, por ser dueños de sí mismos y saber entregarse aún para la muerte.

Probablemente, estos autores de la Guerra del Chaco recojan esta influencia de otros autores²⁸, y con más razón después del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, pero

²⁸ En la década de los 20 tuvieron gran difusión las ideas de Gustavo Navarro, mejor conocido como Tristan Marof, considerado como uno de los primeros introductores del marxismo en Bolivia (Ávila Echazú, 160). En 1924 sus posiciones marxistas en contra del capitalismo extranjero y la dependencia económica boliviana a Europa y los EE.UU. llevaron a Marof a escribir que la independencia nacional económica tiene que tener por base la posesión de la tierra por parte del indígena, en su alfabetización y la nacionalización de las minas (Marof, 8). Josefa Salmón indica que a partir de su libro *La justicia del inca*, en 1926, las ideas de Marof tendrán gran repercusión en la literatura y política del país, al concebir a la nación como una entidad que promueva en el indio una regeneración de tipo económico

en la obra de Tamayo ya se encuentra el germen de ese rechazo a lo extranjero a favor de lo nacional. En *Creación de la pedagogía nacional*, Tamayo descreo en todo “bovarismo científico”, esa creencia de que con la importación de un método también se puede crear al sujeto económico, el sujeto de la modernidad. De alguna manera va en contra de la idea de la europeización del país, de la intención de utilizar recetas del viejo mundo para construir nuevas Francias o nuevas Alemanias en el corazón de los Andes, cuando aquello es irrepetible y lo que sucedió una vez, no puede repetirse por segunda vez dentro de una “ley biológica de la historia”, que pudo actuar de una manera en Europa, pero que en América es poco probable que lo haga de la misma manera²⁹. Tamayo propone una desconfianza a priori de cualquier método o modelo, ya sea pedagógicos o económicos como los propuestos por los gobiernos liberales que acceden al poder en 1899 y precisamente cierran su ciclo en el poder una vez finalizada la guerra y como consecuencia de ésta.

Para crear ese sujeto económico hay que dejar de mirar a Europa y empezar a discutir sobre la psicología del boliviano, lo que el boliviano tiene y Europa no puede aportar y, con aquello, tratar de formar al boliviano del futuro. Inspirado en Goethe, su gran maestro,

convirtiéndolo en campesino u obrero. Esta regeneración económica sólo podría lograrse con los recursos obtenidos de la nacionalización de la minería nacional (Salmón, 42).

²⁹ Esto también parece ser parte del discurso de Céspedes cuando se burla de las tácticas europeas utilizadas por el general alemán Hans Kund que en su primera etapa dirigió la guerra con una “terrible incompetencia”, que no se aplicaban al terreno chaqueño, ni se adaptaban a la realidad del ejército boliviano. El oficial mestizo de Céspedes se da cuenta que los tanques son inservibles en la arena chaqueña, además en un número tan reducido, y además indica: “Esta guerra de posiciones es absurda [...] asaltos al descubierto, matanzas. [...] Para agarrar 10.000 pilas tenemos que atar siquiera con 20.000 y estoy seguro que no tenemos ni 6.000” (90).

Tamayo quiere desenmascarar a los falsos y los falsos son aquellos que niegan la existencia o el germen del carácter nacional (lo indígena) porque han hablado desde las grandes historias de Europa y no desde las naciones pequeñas como Bolivia que no han podido contar su historia. Bolivia tiene que mirar y crear su propia evolución.

En esto yo veo un comienzo de descolonización del pensamiento, un intento por pensar desde aquí, desde nuestras peculiaridades y diferencias³⁰, en un intento de encontrar alternativas de progreso, desarrollo y unidad, que se opongan a los grandes meta-relatos, pseudo científicos y eurocentristas de la época y que desde un profundo determinismo racial y geográfico aportaron al país pesimismo, amargura, la metáfora de un país enfermo, peor aún justificación y resignación muy convenientes para algunos sectores de la élite gobernante ante las grandes aberraciones económicas y desigualdades sociales y culturales que entonces se vivían en el país.

De la obra de Tamayo se desprende la visión de Céspedes sobre el indio y sobre el mestizo, del mestizaje como un movimiento ascendente e inevitable. En ese movimiento es imposible negar la herencia indígena que se convierte en la piedra fundacional de nuestra identidad. Aquella herencia debe ser apropiada y asumida para despertar la energía nacional dormida que lleve a Bolivia hacia el desarrollo y progreso económico.

Es por eso, como ya se vio, que autores como Augusto Céspedes representarán a sus personajes con esa permanencia de los rasgos físicos indígenas. Esa esencia indígena es

³⁰ Para Javier Sanjinés, el texto de Tamayo es un llamado para cerrar los libros y abrir los ojos para arribar a nuevas formas de interpretar y comprender la realidad boliviana (Sanjinés, De Tamayo 8)

indestructible y resistente a cualquier intento de negación y de eliminación por cualquier moda venida de Europa. Sin embargo, tanto para Tamayo como para Céspedes, el indio tiene que cambiar, adaptarse, en otras palabras, mestizarse o desaparecer. Esta incorporación se da dentro de un sistema lingüístico, el español, dentro de una cultura occidental, y por último dentro de un color de piel o metáfora corporal, inteligencia desordenada mestiza y abierta al mundo, pero disciplinada por la voluntad, moral y fortaleza física indígena.

Finalmente, otro imaginario que probablemente haya sido heredado de los escritos de Tamayo tiene que ver con la naturaleza del soldado boliviano y también del soldado paraguayo, ambos casi totalmente indios. Para Tamayo, ambos soldados son los mejores del continente americano, el primero por su estoicismo y su resistencia a la muerte, el segundo por su carácter aguerrido (63). Esta imagen, ya lo vimos, se encuentra presente en las ideas de Augusto Guzmán sobre pacifismo y belicosidad de los combatientes bolivianos y paraguayos respectivamente.

Aunque Céspedes, en sus primeros años dentro de la política nacional en las década de los 20, criticó a Tamayo por su accionar conservador dentro del parlamento, en los años posteriores reconoció su aporte en la formación de la cultura nacional. Mariano Baptista Gumucio, historiador boliviano, indica que Céspedes opone el pensamiento tamayano a la mentalidad de Alcides Arguedas, “despreciadora del sustrato indígena” (Baptista Gumucio, 36). Más de treinta años después, en 1968, en su libro *El dictador suicida*, Céspedes reconocía la influencia tamayana en su obra:

Tamayo proclamó [...] el imperativo de dar a la vida nacional, la sangre autóctona que le negaba la descolorida intelectualidad criollo-mestiza. [...] afinó su sensibilidad autóctona cuando, al remontar la corriente arterial de la raza nativa, halló en el humillado superviviente de imperio destruido, el indio, la única fuente potencial de un estilo nuestro [...] El antiimperialismo coetáneo de Manuel Ugarte y la posterior “ideología de José Vasconcelos no alcanzaron la profundidad de la revolución interior planteada por Tamayo, a quién por eso y por precedencia, le corresponde el título de fundador de la teoría indoamericanista en el continente (Baptista Gumucio, 36).

Batista Gumucio nos recuerda que, antes de su muerte, Tamayo fue homenajeado por las juventudes del MNR, abanderado de la revolución nacional de 1952. En un acto realizado en la Universidad de San Andrés de la ciudad de La Paz, Tamayo fue proclamado como “maestro de generaciones” (67). La obra de Tamayo se constituye así en uno de los pilares del discurso nacionalista, lo que significa una revaloración constante de su obra, además de ser institucionalizada como canónica dentro de la literatura nacional. El reconocimiento que el MNR y el Estado del 52 hacen de la obra de Tamayo significa también la adopción de políticas culturales que resalten el rescate y reconocimiento de las tradiciones indígenas y que puedan servir para unificar a las culturas bolivianas en una sola mestiza.

Hasta ahora, en la narrativa de la Guerra hemos encontrado que la nación se construye simbólicamente como una unidad geográfica enclavada en los Andes y al boliviano como al individuo determinando y fiel a ese origen geográfico, pero también a supuesto origen racial ancestral y mítico. Sin embargo, en el discurso nacionalista de estas obras faltaba

un último componente que fue la afirmación de la soberanía nacional en contra de los intereses extranjeros y en contra de los demás enemigos de la nación.

Capítulo IV

Las caras de la antinación

Las caras de la derrota

El último componente del discurso nacionalista de la literatura chaqueña fue identificar las causas y causantes de la guerra y de la posterior derrota. Al hacer esto, estas obras deslegitiman a varios sectores y personajes para gobernar y conducir al país y también son capaces de proponer marcos de acción y de lucha para los que vuelven del Chaco.

De manera inequívoca se erigen los culpables de esta derrota: los malos militares y su impericia; los “emboscados” o los refugiados en la retaguardia, quienes siempre hacen uso de alguna que otra influencia política para no marchar al frente, los gobernantes de turno,

“los zorros políticos” por su patriotismo imprevisor, su corrupción y su falta de compromiso con el país, finalmente el poder transnacional.

Ya anteriormente había mencionado que se culpa al gobierno, no precisamente por la guerra, pues en ningún momento estos autores hallan ilegítimo el reclamo de Bolivia sobre los territorios en disputa. Se culpa al gobierno por realizar una política de penetración incorrecta, no por la política misma, sino por haberse hecho sin los recursos necesarios, sin conciencia de las distancias, sin los verdaderos conocimientos del terreno, como lo dijimos, por la falta de previsión al iniciarse la guerra.

Jesús Lara, desde muy temprano en *Repete*, muestra su oposición hacia algunos sectores, lo que posiblemente indique sus preconcepciones sobre el conflicto. Ya antes de viajar al Chaco escribía:

He conversado con algunos de ellos (soldados en retaguardia). Están desconcertados, con el espíritu quebrantado por la situación en que se halla el ejército, pues saben bien que ella se debe a la falta de hombría y de inteligencia que demuestran los jefes en el frente (9).

En Lara impera una clara visión antimilitarista, principalmente hacia los militares de alto rango y militares de retaguardia por quienes siente casi una repugnancia. Lara los califica de irresponsables y borrachos, que disfrutaban de grandes banquetes y fiestas mientras la tropa se despedaza siempre carente de los suministros más elementales.

Sobre la naturaleza de los militares escribe convencido: “Hace dieciséis años arrojé el uniforme y lancé las protestas más violentas contra los militares, seguro de haberme salvado de su ignorancia y despotismo para siempre. Pero la guerra me atenazó” (45). En las páginas de Lara aparece una larga galería de oficiales ineptos e irresponsables que son mencionados, sin ningún temor, con nombre y apellido propio. Por otro lado, también aparecen de la misma manera otro tipo de oficiales, no muchos, a quienes Lara considera como ejemplo de abnegación, valor y honor militar.

Para Lara es casi obsesiva su referencia hacia los “emboscados”, que son parte de una organización política corrupta. Hacia ellos destila su más grande desprecio, son personas incapaces de cumplir con su deber ante la patria, pero que además se enriquecen con el negocio de la guerra. Sucesivamente apunta: “todos estos son individuos de influencia que han buscado este trabajo por librarse de la caricia de las balas” (31). Estas personas son llamadas por Augusto Guzmán y Augusto Céspedes como las “ratas de retaguardia” que aprovechan de sus influencias de un ministro pariente, un hermano diputado, un amigo médico o un coronel para evitar ir al frente (Guzmán, 31).

Por su parte, Céspedes identifica esta organización política parásita con el gobierno y sus allegados cercanos quienes son personajes extranjerizados y extranjerizantes, practicantes de una verbosidad ampulosa, pero vacía de actos significativos, acostumbrados a una fácil comodidad, a un pomposo y fingido cosmopolitismo, deseosos de ser parte del mundo por medio de sus artefactos, pero negando a su país y a su cultura. De la misma manera en que

piensa Tamayo, Céspedes ve en esta clase la portadora del “germen de inmoralidad español”.

Su cuento “Las ratas” narra la historia de uno de estos personajes, Nicanor Lanza *Fricke* (la adopción de este apellido extranjero es significativo), quien se halla inmerso en medio de todos los negociados y prebendas posibles con miembros del gobierno. Todos estos grupos fueron bautizados por Céspedes como la “cleptarquía” boliviana.

Céspedes habla de las ratas, especie de roedor, y paralelamente hace referencia a esta cleptarquía. Ratas y cleptarquía aprovechan el “propicio ambiente” para aumentar su actividad depredadora. De acuerdo a Céspedes, “Esas ratas son los bichos más perjudiciales que hay en la campaña” (197).

Las caras del capital

Ya en “Humo de petróleo” Céspedes destaca la influencia negativa de la explotación capitalista en la vida de su personaje mestizo. De esta historia de extracción de materias primas el mestizo no recibe grandes beneficios, la pobreza, la enfermedad crónica y en el caso del petróleo, la muerte. El mestizo, a pesar de ser boliviano y estar en su país casi siempre se encuentra subordinado a empleadores extranjeros que se hacen cargo de las minas o de las instalaciones relacionadas a éstas. Puede notarse también aquí algún eco del libro de Tamayo que denunciaba en 1909 que los pocos grandes establecimientos mineros estaban manejados o poseídos por extranjeros (Tamayo, 322).

Ya en la historia de la explotación petrolera en Bolivia, es creencia de estos autores y también generalizada por los mismos, que los culpables de la guerra, uno de los más importantes, son las empresas transnacionales y su capital etéreo³¹. Lara se encuentra convencido de que capitales paraguayos, capitales argentinos, intereses de la Standard Oil “prepararon y desencadenaron la guerra” (312). También declara varias veces la injerencia perniciosa de estos intereses norteamericanos que imponen su interés sobre los intereses de la patria. Lara, de manera desdeñosa, nos descubre la existencia de un ridiculizado personaje norteamericano que le revela estas palabras:

Yo soy gerente de la Standard Oil. Si ustedes ganan la guerra, habrá riqueza para su patria; se llevará petróleo por el río Paraguay a Europa y se ganará mucha plata. Si ustedes pierden la guerra, si no llegan al río Paraguay, el petróleo se echará a perder y Bolivia será arruinada³² (71).

³¹ De la misma manera que sus ideas antimilitaristas, es muy posible que para esta creencia también hayan influido los escritos de Tristán Marof. Desterrado, en parte voluntariamente, en el norte argentino en 1934 escribe *La tragedia del altiplano*, donde declara su posición respecto a las causas de la guerra: “el Chaco [...] era el camino triunfal del petróleo de la Standard Oil, que busca su puerto en el río Paraguay [...] En medio de los dos ejércitos y de la sangre vertida se extiende un campo de petróleo que pertenece a la Standard Oil y que se lo disputa con otra compañía” (Lorini, 234).

³² Culpar a las transnacionales petroleras por el inicio y continuación de la guerra parece ser otro mito afianzado por la literatura de la Guerra del Chaco. De acuerdo a Herber Klein, es opinión popularmente aceptada que la causa de la guerra fue el resultado de un conflicto básico sobre intereses petrolíferos entre la Standard Oil Company of New Jersey, que buscaba una salida por el río Paraguay para el petróleo que explotaba en Bolivia y la Royal Dutch Shell, con base en Paraguay, que quería evitarlo. Céspedes en *Sangre de mestizos* indica que la causa del conflicto no fue por el derecho a construir un oleoducto que podría hacerse en tiempo de paz, sino por el control de los pozos mismos. Aunque Klein no le quita importancia a los intereses petroleros, sugiere más bien buscar las causas de la guerra en “el complejo conflicto político interior de Bolivia y en las tensiones provocadas por la depresión económica mundial en un sistema político frágil”. Los intereses argentinos a favor del Paraguay y en contra de una paz inmediata, se pusieron en marcha una vez comenzada la guerra, merced a los avances y triunfos paraguayos (Bethel, 231). Al iniciarse el conflicto, Klein describe las acciones como muchos otros ya ocurridos y que no requerían más que una negociación, pero la reacción magnificada boliviana, explica

Antes de eso, significativamente, Lara describe la actitud del “gringo” para con uno de los soldados de la tropa: “El gringo se apodera de la taza de un chofer y se la bebe tal si fuera suya propia” (71).

De acuerdo a Lara, los gobiernos de Centro y Sur América son víctimas fáciles de los comerciantes “yanquis: “Cómo les explotan. Nuestros gobernantes resultan como ingenuas moscas que se dejan enmarañar en la tela de algunos miles de dólares” (125).

Para Céspedes su influencia del capital extranjero es decisiva para la derrota. Primero, acusa a la oligarquía paraguaya y argentina, quienes con fuertes lazos con capitales extranjeros y con vista en los pozos petroleros encendieron e impulsaron la guerra y posteriormente entorpecieron las negociaciones de paz y, para supuestamente igualar las condiciones de Bolivia con el Paraguay, cerraron su frontera para impedir el libre comercio de alimentos.

Por otra parte, indica que los bolivianos murieron creyendo defender un patrimonio nacional cuando en realidad defendían el petróleo de la Standard Oil, “negro dios petrolífero”, “gángster petrolero”, que no le importó vender clandestinamente petróleo al Paraguay durante el conflicto y que tampoco le importaría mucho cambiar de nombre³³ de acuerdo a

él, tuvo que ver mucho con su amarga frustración (la del presidente Salamanca) en la política nacional y su temor de que la agudización de la crisis económica pudiera conducir a la anarquía social (230).

³³ En esos días la empresa se llamaba Standard Oil of Bolivia, pero Céspedes sugiere, que sin problemas la empresa pudo haberse llamado Standard Oil of Argentina u of Paraguay.

los vaivenes de la guerra. Con esto Céspedes sugiere recuperar esas riquezas para los bolivianos.

Augusto Guzmán al momento de nombrar los culpables es el menos específico de todos, tal vez por su mayor apego a una herencia española, a maneras de pensar enraizadas por generaciones o porque, a pesar de todo, siente temor a las ideas radicales de la época. Guzmán se opone a lo que él se refiere como el “quiebre moral del continente”, al hecho de que los gobiernos de América se encargan de llevar políticas profundamente materialistas y utilitarias y que “la voracidad capitalista” erija sus fortunas aprovechando el trabajo esclavizado de los obreros tanto en Bolivia como en el Paraguay

Cambiar el futuro

Estos autores buscaron crear una conciencia respecto a la guerra e interpelar a sus lectores sobre la situación del país. Es así que escriben pensando en los receptores finales de su obra, que en primera instancia parecen ser los mismos combatientes mestizos del Chaco³⁴.

El cuento “El pozo” de Augusto Céspedes, como se dijo, es una alegoría al sinsentido de la guerra, pero también es una alegoría al hecho de trabajar en proyectos inútiles y simplemente seguir obedeciendo órdenes en un país entonces evidenciado como uno sin

³⁴ Herber Klein indica que la estratificación racial de la sociedad boliviana se vio reflejada en el ejército: “The whites were officers, the cholos sub-officials, and the indian-peasants troops” (Klein, Bolivia 194). De aquí mi aserción de que estas obras fueron dirigidas a los mestizos, es decir, a lo mandos medios del ejército que no se relacionan directamente a los grandes vicios, la cobardía, ni las grandes derrotas militares.

proyectos sociales o políticos representativos para la mayoría de sus habitantes. Asimismo, el cuento plantea una indagatoria por parte de los autores, de sus personajes y, por tanto, de cualquier combatiente del Chaco, sobre el presente y el futuro de Bolivia. Es una búsqueda que, según Céspedes, se ha instalado en todos los bolivianos y que se alegoriza en una exploración constante y frustrada por el agua en el desierto chaqueño:

¿Es que en realidad hay agua?... ¡Desde el sueño de Cosñi todos las encuentran! Pedraza ha contado que se ahogaba en una erupción súbita de agua que creció más alta que su cabeza. Hirusta dice que ha chocado su pica contra unos témpanos de hielo y Chacón, ayer, salió hablando de una gruta que se iluminaba con el frágil reflejo de las ondas de un lago subterráneo.

¿Tanto dolor, tanta búsqueda, tanto deseo, tanta alma sedienta acumulados en el profundo hueco originan esa floración de manantiales? (31).

Es así que, a su manera, los narradores del conflicto chaqueño plantean soluciones que posibiliten a los bolivianos salir de aquel “pozo” de desesperanza en que se había convertido el Estado boliviano.

Augusto Guzmán, en su libro, se dirige principalmente a los prisioneros bolivianos en el Paraguay, piensa que el combatiente boliviano es una persona mejor, hermanado con sus compañeros de batalla y de cautiverio, “enriquecidos espiritualmente”. Es por eso que les pide reflexionar sobre los hechos de la guerra y afirmar esa experiencia a favor de “ideales de grandeza colectiva o personal” (228).

Romántica o idealísticamente, propone “volver” a los valores espirituales de este “continente cristiano”. Guzmán desde el apego a esa herencia española propone la unión de los hombres y de las razas hermanados en y con la guerra: “Tropas de indígenas, mestizos y blancos, todos cubiertos de tierra.”(78). Pero lo que Guzmán hace, por muy idealista y bien intencionado que parezca, es mantener una jerarquía social basada en la religión y la letra, donde los hombres de “principios generosos y “nobles mentes” protejan a los menos afortunados y guíen a sus rebaños sin alterar realmente las relaciones de poder entre las distintas clases y razas en Bolivia.

El libro de Jesús Lara, en primer lugar, también parece estar dirigido a todos los combatientes del Chaco, a los intelectuales y letrados, personas que no mancharon su vida con la “ignominia del buen sueldo” de retaguardia. En segundo lugar, a la sociedad boliviana en su conjunto, que debería preguntarse y preguntar por los muertos, por una guerra que aparentemente no tiene mutilados, por los desaparecidos que no dejaron rastro; es decir, exigir cuentas claras de la guerra a los militares y al gobierno.

Por otro lado, Lara propone un sentimiento de hermandad con el obrero y con el indio, “seres humildes que no conocen las fruiciones de retaguardia y que no se enriquecerán con el negocio de la guerra”. Son esos sectores los encargados de llevar el cambio a Bolivia. Al final de su obra, Lara saldrá en defensa de todos los soldados, tal vez tratando de levantar una moral deshecha de post-guerra. Para él, los hombres que fueron al frente conservan la más grande dignidad, respeto y hombría, dignidad frente a los que se escondieron en los pueblos y ciudades de retaguardia y por tanto renunciaron a la decencia.

Los soldados no perdieron la guerra, fueron toda esa antinación anteriormente mencionada: comandos sumidos en la ignorancia y la borrachera, todo el armamento inservible comprado por los “políticos ladrones” y que nunca dio en el blanco o explotaba en las manos de los propios soldados. Lara anticipa: “Ellos (los soldados) saben salir de allí por sí solos, para seguir luchando siempre. Siempre lucharán ellos” (272). Estos combatientes tienen pues la función de seguir luchando para cambiar a Bolivia con el apoyo inmediato de la clase indígena, sus hermanos.

En el cuento “Opiniones de dos descabezados”, Céspedes nos presenta a dos personajes, el uno ya muerto y decapitado, el otro todavía vivo. En el cuento, el fantasma del soldado busca a los culpables de su muerte. El combatiente vivo le hace ver que su venganza contra el soldado paraguayo es de completa inutilidad, pues los soldados son sólo instrumentos. Detrás de la maquinaria de la guerra se esconden múltiples intereses: la oligarquía conservadora argentina, los *trust* anónimos que explotan las riquezas de Bolivia como si fueran suyas y a cambio de nada.

Pero el muerto, muerto está, y no puede ya ejercitar la venganza de un hombre, una venganza que, como dice Céspedes, es “la gran fuerza de equilibrio moral” (220), y no precisamente un vicio como lo había indicado Alcides Arguedas. Solamente el vivo puede ejercitar esta venganza y para hacer esto debe dejar de ser un descabezado intelectual, esto es comprender la “interdependencia de los hechos ocultos, de determinaciones misteriosas, de móviles lejanos” y ejercitar los “márgenes de libertad” identificados por Céspedes. Ser

descabezado, por otro lado, es conocer todas aquellas interdependencias y aún así no hacer nada y continuar simplemente recibiendo órdenes sin cuestionarlas.

Es por eso que en el poema inicial, “Terciana muda”, Céspedes le pide a los hermanos muertos que traigan la brújula en medio de la guerra que “parece un sueño sin figuras”, para de esa forma orientar el Chaco, a los hombres del Chaco hacia la vida (14). La vida como concepto que también se remonta a los escritos de Franz Tamayo que, influenciado por su maestro Goethe, identifica a la vida como el despertar a la plena conciencia sobre carácter y la energía del hombre y de la nación. La vida, según Tamayo, es decir la verdad, “desenmascarar a los simuladores” que niegan la existencia de ese carácter y esa energía nacional. La vida, como lo hace ver Céspedes es también la conciencia sobre la historia reciente de Bolivia, conciencia que nos lleve a un Estado nacionalista, antioligarca, antiimperialista y tolerante. De acuerdo a Tamayo, esa energía nacional debe ser la certeza de todo hombre y de toda nación digna de ser y quedar nación y hombre (22).

A manera de conclusión

Las obras de la Guerra del Chaco se encargaron de definir la nación boliviana, quiénes la conformaban y quiénes no; para hacer esto, no necesitaron remitirse a una memoria ancestral, a una gesta o desastre de un pasado lejano y remoto, sino a un hecho que acababa de suceder, a una derrota que quemaba todavía y en cuya descripción, subordinada a los intereses y proyectos políticos de una clase, se esmeraron por erigir a los grandes culpables del fracaso.

El nacionalismo que estas obras proponen se funda en la conexión e identificación del boliviano con la tierra y en la determinación de ésta última en su carácter. Así, en su intento por definir la nación y homogeneizar el modo de ser de sus habitantes, eligen desconocer otras posibles subjetividades, otras visiones e imaginarios del país y de la guerra que no se relacionan con la montaña y con los Andes, puesto que provienen de otros bolivianos habitantes de las zonas bajas y tropicales.

Los autores y personajes de las obras de la literatura chaqueña se ven a sí mismos y al resto del país como una nación mestiza. De esa manera reconocen el ancestro indígena que creen se reproduce en ellos, y también reconocen a las poblaciones indígenas que habitan el territorio nacional desde tiempos inmemoriales, incapaces de ser eliminadas y que, a pesar de los continuos reveses y humillaciones, permanecen. De ese modo, y merced a esa herencia de sangre indígena, la nación boliviana y el mestizo son persistentes, seguirán peleando y seguirán levantándose altivos desde sus cenizas. El mestizo y por consiguiente la nación boliviana heredan la voluntad y la resistencia de los indígenas, la imposibilidad de ser eliminados.

El mestizo, al reconocer ese su ancestro indígena, no puede sentir más que solidaridad por ese segmento de la sociedad segregado y es por eso que uno de los proyectos del nacionalismo propuesto por esta literatura es mejorar las condiciones de vida de aquellos sectores aunque no se especifica todavía en qué aspectos se llevarán a cabo aquellas mejorías.

Otro aspecto de este proyecto nacionalista es volverse contra aquellos sectores que propiciaron la derrota nacional y que promueven la jerarquización de la sociedad boliviana, jerarquización que se ve reflejada en la explotación que ejercen algunos sectores privilegiados sobre el resto de los bolivianos, en las prerrogativas de raza y clase de los grupos dominantes, en la desigualdad económica, la desunión nacional, y la carencia de proyectos sociales y políticos comunes.

En la representación hecha del indígena en estas obras perviven las imágenes de hermetismo, de silencio, muchas veces de pasividad y de resignación, de una ingenuidad infantil ante las contingencias, pero se elimina la leyenda negra que hace ver a los indígenas como seres traicioneros, como un lastre de la nación, o como segmentos inservibles y retrógrados de la población en el camino hacia el progreso. En esta literatura se erige una imagen de un indio digno en su resistencia y en su sacrificio completo por la patria.

El mestizo en la literatura de la Guerra del Chaco necesitó de aquella historia reciente, de la tierra y del indio para formar y cohesionar su identidad, también de otros elementos comunes y diferenciadores de la nación boliviana del resto de las demás naciones y que provienen de un legado cultural mestizo e indígena, antes que español. Estas características, entre otras, son el habla de las regiones y de la provincia, el uso indiferenciado y frecuente de las lenguas nativas, también otras costumbres como la música, el baile, los instrumentos musicales y el uso de la coca, categorías que en muchos casos ya se encuentran explícitamente mencionadas en *La creación de la pedagogía nacional* de Tamayo, quien ya hablaba de una alma india y una alma mestiza con un fondo común y por tanto destinadas a construir una misma historia y a compartir las mismas fatalidades (68).

En la construcción identitaria realizada por estas obras, indio y mestizo se hacen hermanos y el mestizo asume la voz del primero, argumentando que sus proyectos son también los proyectos que pertenecen y convienen a la clase indígena y que ambos sectores son capaces de luchar por los mismos proyectos. El mestizo se convierte en el resultado natural de la

evolución indígena y por tanto en un representante y vehículo redentor válido, en el protector del indio y se convierte también en el liberador de la energía nacional dormida vislumbrada por Tamayo y que es capaz de llevarnos al progreso y bienestar nacional. Al hacer esto refundan un Estado-nación de deseables características mestizo-homogéneas y que relegan al indígena a una posición secundaria en la sociedad.

Intelectuales y políticos mestizos adquieren una posición dominante frente a los demás sectores sociales del país, pero, como lo hizo Tamayo, hacen del indígena tan sólo la materia prima, un grupo de esencias de la cuales están hechos los ciudadanos bolivianos mestizos del futuro. Los indígenas se convierten en meros objeto pasivos, en objetos exóticos y turísticos, como parte retórica de una ideología y no como unos sujetos partícipes de la política nacional y a los mismos tiempos capaces de acceder, compartir y administrar el poder.

En los autores de la literatura chaqueña se aplica las mismas características del indigenismo latinoamericano anotadas por un Cornejo Polar influenciado por el trabajo de Ángel Rama, las visiones y representaciones del indio son el “resultado del ascenso de la clase media baja (por supuesto mestiza) que emplean las reivindicaciones indígenas como refuerzo y legitimación de sus propias demandas contra un sistema social impuesto desde arriba por las clases explotadoras” (Cornejo Polar; Sobre literatura 83). Al hacer eso buscan nutrirse del posible apoyo masivo de las clases sociales que buscan reivindicar.

Los indígenas fueron tomados en cuenta tibiamente pero no se les reconoció legalmente su situación de pueblos indígenas ni mucho menos sus identidades culturales, su resistencia a la aculturación.

Para que estos aspectos comenzaran a ser considerados hubo que **esperar hasta las últimas décadas del siglo XX, cuando** grupos y líderes indígenas del país, sea de se oponen a los proyectos de asimilación cultural, a ese discurso que los hace ver eternamente niños e incapaces de influir y participar en las decisiones políticas y económicas del país y en la distribución del ingreso. De acuerdo al politólogo boliviano Eduardo Gamarra, estos grupos y comunidades, tanto rurales como urbanas, poco recuerdan ya la revolución del 52 y el proceso de reforma agraria que los hizo propietarios de la tierra. Por lo contrario, sienten su exclusión de la participación y los beneficios de los diferentes planes de estabilización desde 1985, excluidos también de los diferentes mecanismos de representación dentro de los partidos formales y tradicionales con acceso al poder y por consiguiente a sus favores (66). Es por eso que recurren a métodos poco ortodoxos de hacer política (paros, marchas, bloqueos, huelgas, etc.) para lograr que el sistema político formal reconozca y responda a su presencia.

Es en este contexto que, en este principio de nuevo siglo, movimientos indígenas y discursos radicales como los propuestos por Felipe Quispe, el Mallku, retan a la deseada construcción racial homogénea del Estado boliviano proponen otra metáfora, un mestizaje invertido, el de “indianizar al Q’ara”³⁵ y es así que reniegan de un histórico tutelaje mestizo

³⁵ Blanco en Aymará.

impuesto sobre ellos y ponen a la raza indígena al tope de las jerarquías raciales. Para estos nuevos movimientos indígenas, el indio es capaz de pensar, de organizarse, resistir y retener su identidad sin recurrir a la inteligencia y liderazgo mestizo (Sanjinés, Indianizar 15).

De esta manera, en muchos sectores de la sociedad boliviana el imaginario de la sumisión, de la secundariedad, de la ingenuidad y de la inmadurez política de los indios, para gobernarse y para gobernar, inaugurado por Tamayo, reforzado por la narrativa de la Guerra del Chaco y posteriormente institucionalizado por la revolución de 1952, ha concluido.

BIBLIOGRAFIA.

Arguedas Alcides, *Pueblo enfermo*. La Paz, Editorial Juventud, 1982.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México, F.C.E., 1993.

Arze Aguirre, René. *Breve Historia de Bolivia*. Sucre, Universidad Andina Simón Bolívar, 1996.

Ávila, Echazú, Edgar. *Historia y antología de la literatura boliviana..* La Paz, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación Superior, 1978.

Baptista Gumucio, Mariano. “Los orígenes”, en Tamayo, Franz. *Obra escogida*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

Bethell, Leslie. *Historia de América Latina*. Barcelona Cambridge University Press. Editorial Crítica. 1992.

Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América*. Buenos Aires. Secretaria de Cultura, 1994.

Campero Prudencio, Fernando. *Bolivia en el siglo XX. La formación de la Bolivia contemporánea*. La Paz, Harvard Club Bolivia, 1999.

Céspedes, Augusto. *Sangre de mestizos*. La Paz. Editorial Juventud. 1990.

Cornejo Polar, Antonio. *Sobre literatura y crítica latinoamericana*. Caracas, Ediciones de la Facultad de humanidades y educación de la Universidad Central de Venezuela, 1982.

Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire*. Lima, Editorial Horizonte, 1994.

Coy, Juan José. “Jesús Lara” en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina* (Delal). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995.

Gamarra, Eduardo. “Crisis de representación e intermediación en Bolivia”. En Montufar César, Whitfield Teresa, *Turbulencia en los Andes y Plan Colombia*. Quito, Centro Andino de Estudios Internacionales, Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, 2003.

Golden Mortimer, W. *History of coca. “The divine plant” of the Incas*. San Francisco, Fitz Hugh Ludlow Memorial Library Edition, 1974.

Geertz, Clifford. “Being There” en *Works and lives. The anthropologist as author*. California, Stanford University Press, 1988.

Guzmán Augusto. *Prisionero de guerra*. La Paz, Editorial Juventud, 1979.

_____ . *Panorama de la literatura nacional*. La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1982.

Flores Galindo, Alberto. *Buscando a un inca, identidad y utopía en los Andes*. La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1986.

Hobsbawm, Eric, “La historia de la identidad no es suficiente”, en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998.

Klein, Herbert S. *Bolivia. The Evolution of a Multi-ethnic Society*. New York, Oxford University Press, 1982.

Lara, Jesús. *Repete*. La Paz. Editorial los amigos del libro, 1990.

Lentricchia Frank y Thomas Mc Laglin. *Critical Terms for Literary Study*. The University of Chicago Press. U.S.A. 1990.

Lorini, Irma. *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia. 1920-1939. Entre las nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*. Cochabamba, Editorial Los Amigos del Libro, 1994.

Mariáca Iturri, Guillermo. *La palabra autoritaria. El discurso literario del populismo*. La Paz, Tiahuanakus Art. S.R.L. 1990.

_____. *Nación y narración en Bolivia: "Juan de la Rosa" y la historia*. La Paz, Cuadernos de Literatura Nro. 4. Publicación de la Carrera de Literatura. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Mayor de San Andrés, 1997.

Maróf, Tristan. *La justicia del inca*. Bruselas, Ediciones latinoamericanas, 1926.

Márquez Alba, Rolando. *Bolivia: la hoja de coca, historia y perspectivas económicas y políticas*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1997.

Mato, Daniel. *Critica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*. Caracas. Univ. De Venezuela. 1995.

Montenegro, Carlos. *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1979.

Jitrik, Noe. *Literatura y Praxis*. Avila Editores. C.A. 1974.

Rama, Ángel. *El área cultural andina (hispanismo, misticismo, indigenismo)*. México, Cuadernos Americanos, XXXIII, 1974.

Rodríguez Márquez, Rosario. "Augusto Guzmán" en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina* (Delal). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Monte Avila Editores Latinoamericana, 1995

Salmón, Josefa, *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*. La Paz, Plural editores- Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación- UMSA, 1997.

Sandoval Rodríguez, Isaac. "La cuestión regional en Santa Cruz". En Fernando Calderón y Roberto Laserna, *El poder de las regiones*, Cochabamba, Ediciones Ceres, 1985.

Sanjinés, Javier. "Indianizar al q'ara" ": "la pedagogía al revés" de Felipe Quispe, el Mallku" en C. Walsh, F. Schiwy y S. Castro-Gómez, *Indisciplinar las ciencias sociales: Desafíos de los estudios culturales y las políticas de conocimiento*. Quito, UASB/Abya Yala/Duke University, 2002

_____. De Tamayo al Mallku. *El juguete rabioso* (La Paz), 12 de agosto 2001: 8-10.

Siles Salinas, Jorge. *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco*. La Paz. Ediciones de la Universidad Católica Boliviana, 1969.

Smith D. Anthony. "The ethnic basis of national identity" y "Nationalism and cultural identity", en *National identity*. Reno, Univ. of Nevada Press, 1991.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. California, University of California Press, 1991.

_____. "No secrets", en Gugelberguer, Georg M. *The real thin: testimonial discourse and Latin America*. Duke University Press.

Tamayo, Franz. *Obra escogida*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

Vargas Portugal, Rubén. “Sangre de mestizos”, en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina* (Delal). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995

Withüchter, Blanca. et. al. *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia. Tomo I*. La Paz, Fundación PIEB, 2002.

Yudice, George. *Testimonio y concientización*, s. f. Bibliografía para el curso Fundamentos de Estudios Culturales, Quito, U.A.S.B. 2001.

Zook, David A. *The Conduct of Chaco War*. N.Y., Bookman Associates, 1960.